

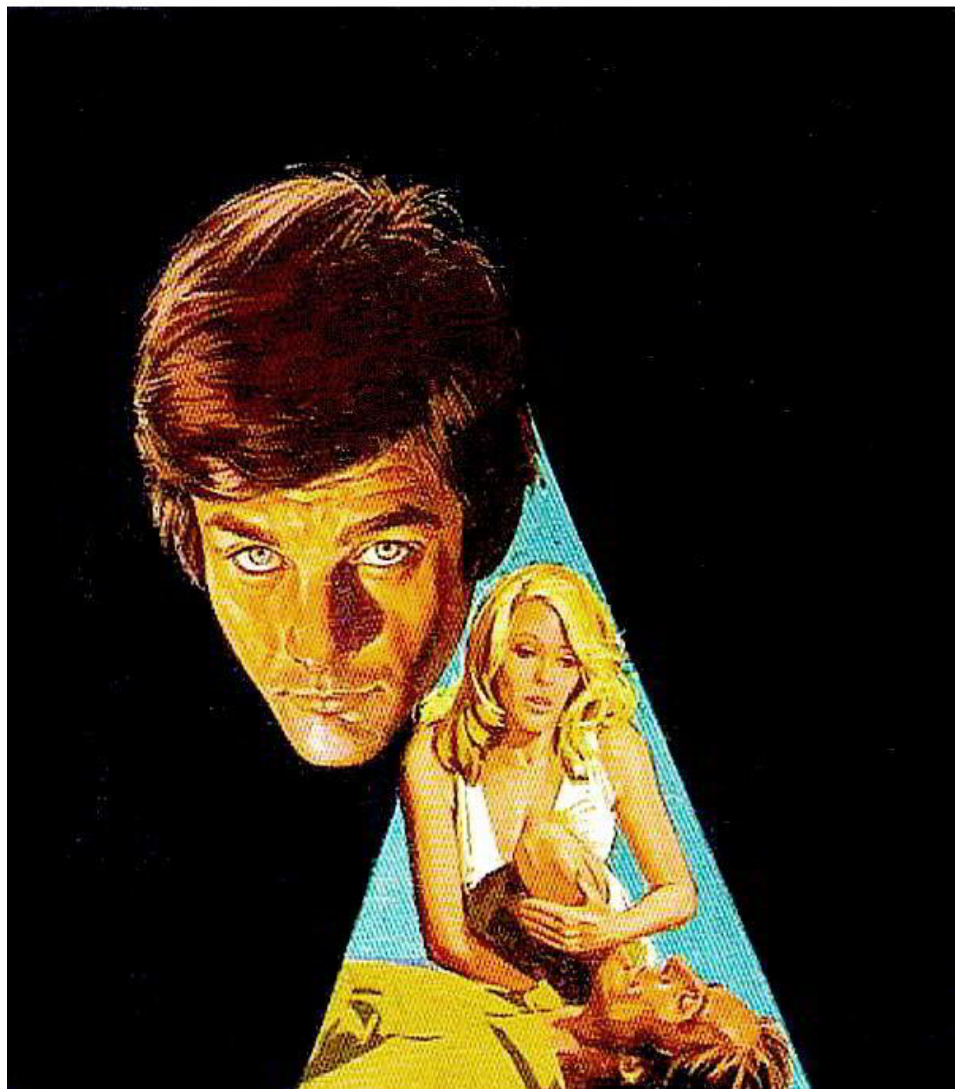
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el arte de saber perder

Kelltom McIntire



El día diez de noviembre abandoné la prisión.

Cuando en alguna ocasión, allí dentro, imaginé este venturoso acontecimiento, siempre había pensado que mi salida de la cárcel se produciría en un soleado día de verano, con un cielo azul sin nubes, algunos centenares de dólares en el bolsillo y una linda jovencita aguardándome a la puerta.

Pero contemos con la realidad. Y la realidad era que en mi bolsillo solo había veinte dólares, que hacía un frío terrible y que el cielo presentaba un tono plumizo de mal augurio.

Por supuesto, tampoco me aguardaba ninguna mujer joven y atractiva a la puerta.

Asco de vida...



Kelltom McIntire

El arte de saber perder

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1364

ePub r1.1

Lds 11.12.18

Título original: *El arte de saber perder*

Kelltom McIntire, 1976

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El día diez de noviembre abandoné la prisión.

Cuando en alguna ocasión, allí dentro, imaginé este venturoso acontecimiento, siempre había pensado que mi salida de la cárcel se produciría en un soleado día de verano, con un cielo azul sin nubes, algunos centenares de dólares en el bolsillo y una linda jovencita aguardándome a la puerta.

Pero contemos con la realidad. Y la realidad era que en mi bolsillo solo había veinte dólares, que hacía un frío terrible y que el cielo presentaba un tono plomizo de mal augurio.

Por supuesto, tampoco me aguardaba ninguna mujer joven y atractiva a la puerta.

Asco de vida...

Pero ¿qué otra cosa podía esperar yo después de seis largos años de condena, desprestigiada, prematuramente envejecido y solitario?

Si alguna de las encumbradas personas que me secundaron, años atrás, en la campaña de Robert Balsam hacia el puesto de gobernador del estado, hubiera podido verme ahora, seguramente no hubiera reconocido en mí a aquel simpático, charlatán y apuesto Mark Kasariam que alcanzase para Balsam lo que tanto ambicionaba: gobernar el estado.

Fuera de la prisión, caminaba yo a lo largo de Presidio Avenue tan desorientado como una dama victoriana en el estreno «pomo» de una sala especial.

¿Qué podía hacer?

Conocía la ciudad, era cierto, pero no me veía con ánimos suficientes para comenzar desde abajo la escalada.

Treinta y seis años a las espaldas, seis de penitenciaría, un estómago estropeado por los ranchos carcelarios, un rictus de

amargura en la cara...

Fue entonces cuando recordé a Budd.

Budd Morgan estaba en la policía metropolitana y, en cierto modo, me debía su ascenso a sargento.

También podía yo intentar emplearme en el *Chronicle* o en el *Chicago Standar*. Pero no, definitivamente el periodismo se había terminado para mí.

¿Y Buddy Morgan?

Todavía recordaba yo su cara ancha y bermeja, distendida mucho por la amplia sonrisa, cuando nos vimos por última vez.

—Créeme, Mark; nunca olvidaré esto. Si alguna vez necesitas algo de mí, siempre me encontrarás a tu disposición.

Buddy, es decir, el sargento Morgan, era un chico despierto, inteligente, de los que han nacido para progresar constantemente.

Alguien me había dicho en la cárcel que Buddy tenía algunos negocios al margen de su carrera policial: una bolera, un bar en Vacker Drive. En fin, pequeñeces de esas que ayudan a uno a vivir la vida con comodidad.

Qué podía hacer Buddy por mí, era cosa que yo no alcanzaba a ver claro todavía, pero era cierto que un policía tiene muchas posibilidades de echarle una mano a un recién salido de prisión, como yo.

Mi situación no me permitía elegir: veinte dólares y el cielo plomizo por encima de mi cabeza.

Gasté un par de monedas en un teléfono. Buddy estaba adscrito a la estación policial de Burnham-Este y desde allí me informaron acerca de él.

—Ha muerto, ¿es que no lo sabe?

Me quedé frío. Tan frío que fui incapaz de contestar a las poco amables palabras de mi interlocutor, ni siquiera de pedir otros informes.

Colgué resignadamente el auricular, sumido en tenebrosos pensamientos.

Buddy no había sido lo que se dice un amigo del alma, sino más bien un oportunista que se había valido frescamente de mí para prosperar. Sin embargo, no pudo evitar un sentimiento de conmiseración.

Un policía había muerto joven, con unos cuarenta años de edad,

quizá el mejor momento para gozar de la vida.

Hundí la cabeza entre las solapas de mi gabardina y seguí deambulando sin rumbo fijo.

Caían unas chispitas de lluvia, heladas, que auguraban un temporal de nieve y me estremecí de frío.

En cuanto a Buddy Morgan, posiblemente no hubiera vuelto a recordarlo en mi vida... de no haberme tropezado poco después con su imagen, un rostro yerto y demacrado, acribillado a balazos.

Su fotografía estaba en la primera página de todos los diarios importantes, colgados en los quioskos.

«Policía asesinado. El cadáver del sargento B. Morgan fue hallado por los bomberos en una alcantarilla de la ciudad. Su cuerpo, acribillado a balazos, obstruía...».

Había muchas fotos de Buddy. Buddy cuando ingresó en la academia de policía. Buddy, agente callejero. Buddy, sargento. Buddy casado con una rutilante rubia de generosas formas. Buddy, teniente de la sección Burnham-Este...

Ojeé también las fotos del funeral, las de los jefes superiores de la policía Metropolitana alrededor del féretro antes de ser enviado al horno crematorio, las de la viuda...

¡Jo, con la viuda...!

Era toda una señora y me refiero más bien a sus atributos femeninos, generosamente otorgados a la señora Morgan por la madre Naturaleza.

Parecía una mujer más bien alta, esbelta y perfectamente formada, pese a su vestido negro. A pesar del color, la tela se adhería muy bien a sus curvas, magníficamente repartidas y proporcionadas.

Por cierto que el color negro servía en aquella ocasión para algo: para destacar casi agresivamente su dorada y larga cabellera.

A pesar de lo triste del momento que recogía la fotografía, me pareció advertir en sus bellas facciones carnosas un sutil rictus de ironía.

Compré el periódico. Recorrí con febril ansiedad las páginas

interiores y conseguí alguna información adicional.

El reportaje sobre el crimen era bastante escueto. Describía la personalidad de Buddy e indicaba la dificultad de la investigación policial, puesto que la víctima no tenía, aparentemente, enemigos.

—¿Y quién no tiene enemigos? —reflexioné amargamente.

Buddy había dejado a su viuda, Joyce Morgan, a cubierto de penurias económicas, deduje.

Finalmente, me encogí de hombros. Descanse en paz, Buddy Morgan. Ser policía tiene sus riesgos, al fin y al cabo. Amén.

Deambulé de un lado a otro como un perrillo callejero. Comí un bocadillo aquí, bebí una cerveza allá, y hacia las diez de la noche apenas me quedaban cinco dólares y alguna calderilla.

En Kingstone Lane, una habitación miserable valía seis dólares por noche.

Puerca suerte la mía, si se tenía en cuenta que seis años atrás mi cartera estaba siempre repleta de billetes grandes.

A las diez y cuarto, mi ánimo aparecía inclinado a intentar una entrevista con Joyce Morgan, flamante viuda del recién ascendido y asesinado teniente Budd Morgan.

Imaginarán ustedes que soy un perfecto cínico, y probablemente les asista toda la razón. Pero yo había llegado a una determinación: no recurriría a uno de esos refugios de caridad para pasar la noche.

Al fin y al cabo, Buddy había ascendido en su carrera gracias a mi oportuna ayuda. Intentaría, pues, que su viuda me echase una mano ahora, vista mi precaria situación actual.

Además, había comenzado a nevar. Los automóviles circulaban con precaución e incluso vi una furgoneta estrellada contra un poste parquímetro. Mi endeble gabardina no bastaba para protegerme de la nieve ni mucho menos del viento helado que azotaba las calles.

—Vamos a ver a Joyce Morgan —me dije, decidido.

Según el periódico, la viuda Morgan se alojaba en el edificio «B» de Marina City^[1], lo que hablaba bien a las claras de la boyante situación económica de la familia.

De Marina City me separaban unos cinco o seis kilómetros. En mi bolsillo solo quedaban cinco dólares. Desconfiado de poder pagar la carrera hasta Marina City con aquel dinero, hice la mayor parte del recorrido a pie, lo que me llevó algo más de media hora.

Ni siquiera mi larga zancada apresurada consiguió hacer entrar

en reacción a mi pobre esqueleto. Al cabo, me detuve en la acera y tomé un taxi.

Al final de la carrera, el taxista me dijo que no tenía cambio y se quedó con el billete de cinco dólares.

Ante el lujoso vestíbulo del edificio «B» me detuve unos segundos, impresionado por el lujo que podía advertirse por todas partes.

Sin embargo, yo estaba dispuesto a seguir adelante y me enfrenté valientemente con el corpulento conserje de uniforme galoneado.

—Soy Mark Kasariam, un amigo personal del pobre teniente Morgan. Quisiera presentar mis respetos a su esposa —dije con toda la seguridad que fui capaz.

—¿Su tarjeta?

Hice un ademán apresurado, como si no estuviese bien seguro de que mis tarjetas de visita formaban parte solamente de mi vida anterior.

—Lo siento. Me cambié de traje y olvidé tomar algunas. Pero no creo que haya ningún inconveniente por parte de la señora Morgan —dije con una sonrisa.

Deseé con toda mi alma que Budd me hubiera mencionado en alguna ocasión ante su mujer y que ésta recordase mi nombre.

El conserje estuvo llamando por teléfono y minutos después volvía a mí con gesto inexpressivo.

—Puede subir. Planta cincuenta y uno, letra D —me dijo, señalándome los ascensores.

Subí a uno de los aparatos y el chico disparó el ascensor hacia las alturas a una velocidad de vértigo que alborotó levemente mi vacío estómago.

Cuando llegué arriba y alcancé mi pasillo, alguien penetraba en uno de los ascensores próximos. Su rostro me pareció lejanamente familiar, pero no conseguí recordarlo. Al mismo tiempo advertí que la puerta marcada con la letra D acababa de cerrarse.

Dejé pasar unos segundos. Luego crucé el pasillo y apreté el botón del timbre.

Mientras se abría la puerta, yo estaba repitiendo mentalmente las palabras con las que trataría de excitar la caridad de la señora Morgan.

La puerta se abrió cuando todavía se movían mis labios repitiendo mi torpe retahíla.

—Adelante, Mark. ¿Qué espera para entrar?

Me quedé petrificado y no sólo porque se me invitase a pasar tan amablemente. Yo había imaginado que iba a encontrarme con una mujer enlutada, entristecida y... llorosa.

Pero la bella mujer que tenía ante mí sonreía levemente, tenía una copa en la izquierda y vestía una larga túnica roja, muy poco de acuerdo con su luctuosa situación.

No pude murmurar una sola palabra. Al fin, comprendiendo que mi estupefacción debía hacerme parecer muy ridículo, entré en el lujoso y confortable apartamento.

Mi sangre comenzó a bullir al contacto con la magnífica temperatura del ambiente.

Lo cual no me impidió advertir que en la mesa redonda de cristal situada en un rincón del amplio cuarto de estar había otra copa mediada y dos cigarrillos a medio consumir sobre un cenicero de plata.

—Siéntese, Mark —invitó la señora Morgan, a mi espalda—. Le serviré una copa de jerez. Parece usted congelado.

Acepté el asiento y la copa. Por el rabillo del ojo advertí de una ojeada algunos otros detalles chocantes: una puerta entreabierta, un dormitorio, una cama revuelta, un pijama muy poco femenino en el suelo...

Joyce Morgan puso mi copa sobre la mesa, tomó uno de los cigarrillos encendidos, se sentó, cruzó un bellissimo par de piernas desnudas y dijo:

—El pobre Budd...

CAPÍTULO II

¡El pobre Budd...!

Era evidente que Joyce se había dado buena prisa en reemplazarlo en sus pensamientos. Aquel cigarrillo ardiendo, la copa mediada sin rastro de *rouge* de labios, el dormitorio deshecho, el pijama varonil... todas aquellas cosas hablaban elocuentemente.

No había que ser demasiado listo para suponer que Joyce acababa de despedir apresuradamente a algún visitante.

El hombre que tomaba el ascensor cuando llegué a la planta cincuenta y uno, aquél era el individuo que gozaba de la confianza y la hospitalidad de la flamante viuda Morgan.

Sentí ganas de reír a carcajadas, con todo el sarcasmo y la pena del mundo. Esfuércese usted, como lo había hecho el pobre Buddy, para ofrecer a su esposa una existencia confortable, para que al día siguiente al que le entierran a uno, su preciosa mujer se entregue alegremente en los brazos del primero que llega a su puerta.

—¿No me escucha, Mark? —preguntó Joyce de pronto.

Noté un fulgor de ira en sus bellos ojos verdes. Y me apresuré a disculparme.

—Oh, lo siento, discúlpeme, estaba pensando en el pobre Budd, señora Morgan.

—Le decía que ha sido terrible para mí. Budd, muerto, tan joven... Asesinado. ¡No sé cómo conseguiré recuperarme de esto...! —expresó, sin la menor pena.

La risa bulló en mi estómago, pero no llegó a aflorar a los labios.

—Lo comprendo. Una mujer tan joven, teniendo que luchar sola con los recuerdos... —dije sin convicción—. Usted sabe cuánto apreciaba a Buddy, sin duda...

—Oh, sí —los largos y cuidados dedos de Joyce me ofrecieron

un cigarrillo, que encendí apresuradamente—. No sé si querrá creerlo, pero él, Buddy, estaba siempre con su nombre en los labios. «¡El bueno de Mark Kasariam», decía constantemente, «Pensar que le debo tanto...»!

Era cierto que Buddy me había debido mucho. Lo cual no había sido obstáculo para que no volviese a acordarse de mí cuando fui a parar a la prisión. Ni una visita, ni una carta, ni un cartón de cigarrillos como muestra de su agradecimiento.

Pero Joyce había vuelto a llenarme la copa. El jerez fuerte y aromático, reconfortaba agradablemente mi estómago, mi pobre estómago ulcerado.

—Señora Morgan —dije, armándome de valor—, quería decirle que acabo de salir de la cárcel. Hoy mismo...

—¡Mi pobre y desventurado Mark! —gimió Joyce. Y su pena parecía auténtica, aunque seguía conservando en sus facciones aquel rictus irónico que tenía en las fotos de prensa—. Budd siempre decía de usted...

Decidí cortar por lo sano.

—Buddy me debía su ascenso a sargento, señora Morgan. Y yo ahora...

Iba a decir «yo ahora necesito una ayuda urgente, en metálico». Pero ella me interrumpió apresuradamente, con una cierta expresión de temor:

—Naturalmente, mi esposo jamás olvidaba a los buenos amigos. Buddy..., bueno, dejó algún dinero para usted, Mark.

Di un salto sobre mi asiento.

—¿Que Budd dejó...? ¿Cuánto dinero? —inquirí, excitadísimo.

—Mil dólares. Me los entregó a mí, personalmente. Dijo: «Esto para el bueno de Mark. Entrégaselos cuando abandone la prisión». Su opinión era que nunca podría compensarle por su ayuda, Mark. Espere, le daré el dinero. La voluntad de Budd es sagrada para mí.

Porque... —Se detuvo cuando se dirigía hacia la cocina—. ¿Quién me hubiera impedido quedarme con ese dinero, Mark? Sólo Budd y yo sabíamos que esos mil dólares eran para usted, ¿comprende?

—Comprendo, señora Morgan. Es usted una mujer admirable —dije. Pero mis ojos no estaban admirando su silueta, sino el lujoso bloc de notas, encuadernado en piel, que se veía en uno de los

estantes de la biblioteca situada a la derecha.

En cuanto desapareció en el pasillo de la izquierda, di un silencioso salto y me situé junto a la biblioteca.

Mis dedos resbalaron rápidamente sobre las hojas del bloc. La mayoría de las anotaciones revelaban la letra un tanto infantil, cuidadosamente caligrafiada, de Budd Morgan.

Dos nombres reclamaron velozmente mi atención. Eran los de William Armory y Ted Hinsdale, con sus direcciones correspondientes.

William Armory, un tipo inmensamente rico, había sido el rival de Robert Balsam en las elecciones a gobernador por Illinois muchos años atrás. Precisamente cuando yo conseguí que Balsam gobernara el estado.

En cuanto a Ted Hinsdale, era el mejor fotógrafo de prensa que yo había conocido jamás. Gracias a unas cuantas fotos suyas, en las que Armory aparecía en actitud muy comprometida en compañía de una jovencita, yo había conseguido orientar convenientemente la campaña que llevó al gobierno del estado a Robert Balsam.

Volví velozmente a mi asiento. Probé mi segunda copa de jerez, aplasté la colilla sobre el cenicero de plata y, de pronto, mi memoria funcionó a la perfección: ahora recordaba con nitidez el rostro del hombre que tomaba el ascensor cuando yo llegaba a la planta cincuenta y uno: ¡Era precisamente el opulento William Armory!

El

«fru-fru»

de la bata de Joyce Morgan me anunció que la atractiva rubia volvía.

Sus dedos enjorados —quizá más de cincuenta mil dólares en oro blanco y brillantes— dejaron resbalar con suavidad sobre el cristal los diez billetes de cien dólares.

—Gracias, señora Morgan. Creo qué... bendeciré la memoria de Budd a partir de este momento —murmuré poniéndome en pie—. Créame que...

Joyce atajó mi verborrea con un ademán excesivamente enérgico.

—No hay nada que agradecer, Mark. En esta vida, cualquier acción valiosa tiene su compensación. ¿Otra copa? Es un vino

excelente, lo importamos directamente de España, sin intermediarios... ¿Qué tal? Excelente, ¿verdad? Bien, Mark, quisiera decirle algo antes de que se marche.

Yo ya me disponía a emprender la marcha, pero ella también parecía dispuesta a facilitarme las cosas.

Al fin y al cabo, yo ya tenía en mi bolsillo los mil dólares y estaba dispuesto a bendecir el nombre de Budd Morgan, que venía a auxiliarme en mi más espantosa situación.

Apuré mi copa —era un delicioso «cream-sherry», en verdad— y me dirigí al pequeño vestíbulo, pero Joyce Morgan me detuvo tomándome concienzudamente de un brazo.

Por un instante, advertí un cierto relumbramiento en sus ojos verdosos.

—Es usted un hombre muy fuerte y... atractivo, Mark —dijo, frunciendo los carnosos labios en un mohín tentador—. Bien, espero que volvamos a vernos muy pronto. Por cierto, ¿dónde piensa hospedarse?

—Me gusta el Kentmire Hotel. Es muy discreto. Y, además, apenas cobran cuatro dólares por pensión completa —respondí.

—De acuerdo —su mano derecha descansaba, como en gesto amistoso, sobre mi hombro—. No dude en llamarme si no encuentra rápidamente un empleo. Estoy dispuesta a ayudarle en todo lo que sea preciso... ¡Todo en memoria de Budd!

La miré. Estoy seguro de que hubiera podido dormir en su lujoso apartamento de haberlo intentado. Pero yo me sentía aquella noche excesivamente confuso para intentar algo semejante.

—Gracias, señora Morgan —dije. Y salí.

Sé que ella estuvo mirándome hasta que la puerta del ascensor se cerró tras de mí.

CAPÍTULO III

Por supuesto, no pensaba alojarme en el Kentmire, un hotel de tercera categoría, usado normalmente por las prostitutas para cobijarse durante la noche con algún borracho testarudo.

La verdad es que la vida me ha vuelto desconfiado a la hora de dar a cualquiera la dirección de mi alojamiento.

Quizá mi desconfianza provenga de mi experiencia de aquella noche, siete años atrás, en el Regency Hotel, de Peoría, cuando unos encapuchados penetraron en la *suite* que ocupábamos Ted Hinsdale y yo, en plena campaña de promoción a favor de Robert Balsam, en su carrera hacia el puesto de gobernador del estado de Illinois.

La ABC de Televisión nos había dedicado un espacio de media hora. En un momento dado, el entrevistador nos había preguntado si pensábamos pasar la noche en Peoría. No sólo respondimos afirmativamente, sino que además dimos la dirección del Regency Hotel, con gran ingenuidad.

Aquella noche, hacia las dos de la madrugada, cuando el cansancio de la jornada anterior nos había rendido en un sueño pesado y reparador, cinco enmascarados penetraron en nuestras habitaciones.

Nos despertaron bruscamente. Llevaban revólveres y *sprays* de pintura negra.

Nos obligaron a desnudarnos y después, ante la amenaza de sus armas, nos rociaron el cuerpo con aquella pintura negra.

No contentos con ello, abatieron a Hinsdale de un culatazo. Conmigo no tuvieron tanta suerte, porque aprovechando un descuido, tomé una silla y la rompí en las espaldas de los dos pandilleros más próximos.

Desde luego, no había esperanzas para mí. Alguien me derribó

de una patada en el vientre y después los golpes más descomunales llovieron sobre mí hasta que perdí el conocimiento.

No recuerdo con tanta rabia el dolor y las marcas que aquellos golpes dejaron en mi cuerpo, como el sufrimiento terrible para desprender la pintura sintética, de acción rápida, de mi piel.

Para Ted aquello no fue otra cosa que una experiencia más. ¡Estaba el pobre tan acostumbrado a recibir golpes, a lo largo de su profesión!

Pero, en fin, yo ahora me encontraba en los alrededores de Marina City, con mil dólares en el bolsillo, y me creía todo un dios.

Conozco suficientemente la vida nocturna de Chicago como para aventurarme a pasar una noche de placer en sus antros nocturnos, aunque mi cuerpo —seis años, día por día, de prisión— estuviese pidiéndomelo a gritos.

Sensatamente, me limité a tomar un taxi en State Street y di la dirección de un motel al conductor.

—Motel Badminton, kilómetro siete de la carretera Noventa.

La nevada iba en aumento, de forma que el taxi consumió cuarenta y cinco minutos en llegar al motel Badminton.

Pagué al taxista y añadí tres dólares de propina. Directamente me dirigí a la entrada del motel. Y, en cuanto' los

rojos pilotos del taxi se perdieron, di media vuelta y alcancé la carretera.

Caminando por el lado izquierdo de la autopista y cuidándome bien de no ser alcanzado por los camiones y automóviles que rodaban sobre el asfalto, caminé hasta alcanzar la Ontario Inn, un mesón de carretera situado a seis kilómetros del Badminton Motel.

Pagué dos días por adelantado y recibí una llave de una cabina, caliente y seca. E inmediatamente me metí entre las tibias sábanas.

¿Por qué me conducía con tan exagerada desconfianza?

Si se tiene en cuenta que yo acababa de abandonar la prisión, si se considera que la cárcel le vuelve a uno huraño y receloso... Si a todo ello se añade lo que ustedes sabrán si continúan leyendo, comprenderán que mis precauciones estaban justificadas.

De pronto acaba de despertarse en mí un desmesurado interés por entablar contacto con Ted Hinsdale.

Ello me había movido a madrugar tanto como lo hubiera hecho de seguir en la cárcel.

De esa forma, a las ocho de la mañana yo estaba en Chicago, gracias a un camionero que tuvo la amabilidad de recogerme al pie de la carretera, frente a la Ontario Inn.

Alquilé un automóvil de buen aspecto por una semana y me trasladé, conduciendo muy despacio, por las nevadas calles de la ciudad, hasta encontrar un hueco donde aparcar frente al edificio donde se imprimía el *Chicago Standard*.

Aunque Ted Hinsdale colaboraba en varias revistas importantes, tales como *Scandale* e incluso *Newsweek*, su centro de trabajo habitual era la redacción del *Chicago Standard*.

Subí al segundo piso y penetré en la redacción. Tuve que ir de mesa en mesa hasta tropezar con Tom Dodley. En principio no me reconoció, pero tras una segunda y más atenta ojeada, se puso en pie de un brinco y estrechó mi mano con calor.

—¡Kasariam! Imaginaba que habías muerto después de...

—Dejemos eso —propuse, un tanto seco—. Necesito cierta información.

—Puedes contar conmigo. ¿De qué se trata?

—Quiero entrevistarme con Ted Hinsdale. ¿Está aquí?

El gesto de Dodley me dijo a las claras que algo extraño había ocurrido en relación con Hinsdale.

—Se despidió del *Chicago Standard*. Ahora cobra del bolsillo de William Armory —declaró.

—¿Con Armory? —me extrañé—. ¿Y qué hace con él?

—¿De dónde sales, que pareces encontrarte en Babia? —exclamó. Luego, Dodley debió recordar que seis años atrás yo había sido condenado a quince años de prisión y se sonrojó—. Lo siento, Mark, he sido un estúpido. Debí caer en la cuenta de que...

—No importa... —le interrumpí—. ¿Qué es lo que pasa con Armory?

—Están convocadas las elecciones para el cargo de gobernador. Está a punto de expirar el mandato de Balsam. Y Armory sigue empeñado en gobernar el estado de Illinois. Y Ted está en su campaña.

—¡No puedo creerlo! —exclamé, profundamente decepcionado—. Ted no sentía ninguna simpatía por Armory. Lo demostró de forma tajante hace años, cuando colaboró conmigo en la campaña a favor de Balsam...

—Bueno... Hinsdale sufrió un accidente que pudo costarle la vida. Resultó con un brazo roto y otras lesiones de consideración. Es un hombre casado, tiene, además, un hijo de pocos años. El resto...

—¿Quieres decir que a Ted se le ha metido el miedo en el cuerpo?

—¿Qué otra cosa, si no? —respondió Dodley, encogiéndose de hombros.

Le di las gracias y me dispuse a abandonar la redacción. Pero Tom me frenó tomándome por un brazo.

—Mark, si necesitas ayuda, algún dinero...

Sonreí con toda mi alma. Al menos, tenía la satisfacción de contar con excelentes amigos... todavía.

—Eres un buen chico, Tom. Pero dispongo de algún dinero...

—Escucha, yo podría hablar con Presley, el redactor jefe. Te contrataría como reportero de sucesos —propuso.

—Consideraré tu ofrecimiento. Y, créeme, Tom, te lo agradezco de veras —dije, emocionado.

Tras despedirme de Dodley volví a la calle. Me sentía tan confuso que eché a andar y avancé más de doscientos metros antes de recordar que mi coche estaba en el aparcamiento.

Era lógica mi confusión. Ted Hinsdale había obtenido, años atrás, las fotos que hundieron la carrera política de William Armory. Que ahora Ted hubiese abandonado su puesto en el *Chicago Standard* para unirse a Armory, resultaba una noticia poco menos que increíble.

Conocía a Sarah Hinsdale, su esposa, una mujer morena, simpática y comunicativa, como pocas.

Y de repente, decidí hacer una visita a Sarah. Quizá ella pudiese decirme algo que justificase la actitud de Ted en aquel asunto.

Así que había nuevas elecciones. Y probablemente, Robert Balsam contaría con la posibilidad de ser reelegido, dado el prestigio que había alcanzado durante el primer período como gobernador de Illinois.

Por un instante, mi rostro se despejó y una leve esperanza me

movió a sonreír.

Una vez había conseguido, con mis dotes de organizador publicitario, llevar a Robert Balsam al más alto nivel político dentro del estado. ¿Por qué no visitarle, ofrecerle mi ayuda, trabajar de nuevo para él?

Mi entusiasmo apenas duró unos segundos. Mi esperanza suponía una estupidez, puesto que Balsam jamás llevaría en su equipo a un hombre que, como yo, acababa de cumplir condena por homicidio. En lugar de ayudarle, precipitaría su caída en vertical, dada mi reputación.

Según mis noticias, el indulto me había sido aplicado en virtud de «mi excelente conducta penitenciaria», pero ahora comenzaba a sospechar que Robert Balsam había influido de forma decisiva para conseguir mi libertad, aunque yo no hubiese tenido posibilidad de volverme a comunicar con él a partir del momento en que fui detenido.

Arribé a Erie Street, torcí a la derecha en la cuarta bocacalle y penetré en el pequeño barrio residencial habitado por periodistas.

Un viento gélido me empujó con fuerza cuando descendí del coche. Me estremecí de frío y decidí adquirir alguna prenda de abrigo en cuanto abandonase la casa de los Hinsdale.

Pulsé el timbre y esperé. Sonaron unos pasos quedos, arrastrados, al otro lado de la puerta.

Me costó esfuerzo reconocer a Sarah en la delgadísima y avejentada mujer que me contemplaba en actitud recelosa a través de la rendija de la puerta, sujeta por dentro con su cadena-condena.

—¡Mark, eres tú...! —exclamó—. Creí... creí...

Me abrió la puerta y me permitió pasar. Pero advertí que sus manos temblaban más de la cuenta.

Me dijo —como yo esperaba— que Ted no se encontraba en casa. No parecía muy dispuesta a hablar, ni siquiera a invitarme a pasar al interior de su bonito apartamento.

—Yo... Bueno, quería hablar contigo, Sarah —expuse—. He oído decir que Ted trabaja para Armory y...

De repente, Sarah se derrumbó. Sus brazos se apoyaron en mis hombros y los gemidos la estremecieron de pies a cabeza.

La tomé por la cintura y me alarmé al comprobar palpablemente su extrema delgadez. ¡Y pensar que Ted la había llamado siempre,

cariñosamente, «gordita»!

—Vamos, vamos, Sarah —dije, llevándola hacia dentro—. No soy un extraño, sino un amigo. Estoy seguro de que algo terrible ha debido ocurrir. ¡Estás tan desmejorada!

Derrumbada sobre un sillón, me lo confesó todo.

Tres meses antes, Ted había recibido cierta noche una llamada telefónica.

—Estaba rabioso y excitado cuando colgó. Le pregunté, traté de averiguar la causa de su cólera y de su miedo, pero respondió con evasivas. «Voy a llevar a Larry a Sheerford, con su abuela. Al niño le sentará bien pasar una temporada en el campo». Su decisión era sorprendente, puesto que Ted jamás había consentido separarse de Larry, que tiene cuatro años. A mis ruegos y a mis preguntas, Ted sólo respondió con el silencio. Lo único que conseguí fue que me permitiera acompañarles hasta Sheerford.

En Sheerford, a unas ciento diez millas de Chicago, vivía Martha Hayes, la madre de Sarah, que poseía una pequeña granja a escasa distancia del pueblo. En realidad, apenas se trataba de una aldea, puesto que no rebasaba los trescientos habitantes.

—No me fue difícil comprender que lo que Ted se proponía era apartar al niño de nuestro lado. Cuando, muy de madrugada, llegamos a casa de mi madre, Ted le encareció que ocultase a Larry y no le permitiese salir solo, ni que le vieses los habitantes del pueblo.

Ted y Sarah regresaron aquella misma noche a Chicago. A partir de aquel momento, Sarah vivió unas horas llenas de angustia y de tensión.

Una semana después, Ted fue recogido en la calle, en gravísimo estado.

—Un coche le había atropellado muy cerca de casa. Lo cierto es que Ted se encontraba en zona no transitable para los automóviles cuando fue recogido, lo que demuestra que no fue un accidente, sino un atentado criminal, realizado a propósito.

Inexplicablemente, Ted había alterado la verdad cuando volvió en sí. Declaró a la policía que el responsable era él, puesto que atravesó la calzada de forma imprudente. No dio ningún dato a la policía, no había visto el coche, no había retenido la matrícula, no pudo advertir nada.

—Tardó cuarenta días en sanar y cuando volvió a casa parecía muy desmejorado. Su conducta era muy extraña: se oponía sistemáticamente a que telefoneáramos a mi madre para obtener noticias de Larry, y se pasaba las horas espiando la calle a través de los visillos.

No descansaba, adelgazaba a ojos vista y parecía obsesionado por alguna remota y extraña idea.

—Hace tres semanas, recibimos una llamada telefónica desde Sheerford. Era mi madre la que llamaba. Larry había sido secuestrado por unos desconocidos. Ted no dijo nada al recibir la noticia. Parecía terriblemente lejano, abstraído. Ni siquiera atendió a mis gemidos ni corrió, como siempre había hecho en otros casos, a consolarme.

Había ido más lejos. Cuando Sarah, desesperada, se abalanzó al teléfono para anunciar el hecho a la policía, Ted le arrebató de un manotazo el aparato y la conminó a guardar silencio.

—Me sentía tan asustada que, al fin, mi resistencia cedió. Sufrí un terrible ataque de nervios y hube de ser hospitalizada. Cuando volví en mí, me sentía tan débil y tan relajada, que apenas podía poner en orden mis ideas. En vano intenté hacer saber a todos que mi hijo había sido secuestrado, que corría gravísimo peligro de muerte. Nadie me creyó... Me tomaban por loca.

Dos semanas después, Ted fue a recogerla al hospital y la llevó a casa.

Parecía un poco más animado, incluso excitado.

—Buenas noticias, querida —dijo. Y mostró a Sarah un estuche. Se trataba de una video-cassette, que Hinsdale se apresuró a insertar en su televisor—. Durante tu ausencia, he recibido esto, Sarah. Prepárate para verlo.

En la pantalla del televisor apareció Larry.

Sarah apenas pudo aguantar los gemidos de alegría, de íntima excitación.

Larry hablaba y hablaba como la cosa más natural del mundo. Decía que estaba con unos amigos que jugaban constantemente con él, que le brindaban las más atractivas diversiones y que le trataban amistosamente.

El niño parecía sano y alegre, tan vivaz como siempre. Parecía evidente que no había recibido el menor daño.

Durante unos minutos, Sarah contempló, ansiosa, las imágenes de Larry que aparecían en el televisor.

Y cuando la pantalla del aparato se oscureció, Sarah se arrojó en brazos de su marido.

—¡Ted, Ted...! ¡Necesito al niño, no puedo vivir sin él! ¡Lo quiero aquí, conmigo! —gritó, desesperada.

Hinsdale acarició sus cabellos.

—Cálmate, Sarah. Ya has visto que Larry se encuentra bien, que no sufre, que le han tratado bien. Volverá con nosotros, querida. Solo... sólo es cuestión de tiempo. «Ellos» nos devolverán a Larry... pronto.

—Pero... ¿por qué, Ted? ¿Por qué nos lo han quitado?

—No lo sé —respondió él, hurtando la mirada—. Pero de una cosa estoy seguro: si hablamos con la policía, «ellos» matarían a Larry.

Sarah gimió, acongojada.

Ted la apretó contra sí y acarició sus facciones.

—Valor, querida. Voy a tratar de obtener algún dinero. He recibido una oferta de míster Armory y voy a aceptarla.

—¿Armory, William Armory? —clamó ella, sorprendida—. Creí que no trabajarías para Armory por nada del mundo.

Ted la miró entre angustiado y resuelto, y dijo:

—Por nada del mundo, Sarah..., excepto por ti y por Larry.

CAPÍTULO IV

El tiempo seguía empeorando. Había vuelto a nevar por la tarde y las máquinas quita-nieves municipales se las veían difíciles para mantener las vías urbanas en estado de ser transitadas por los millones de vehículos que cada día atraviesan Chicago.

Pero yo ya no sentía el frío, arropado por la abrigada trenka de paño y piel que había disminuido en ciento diez dólares mi pequeño tesoro.

A las cinco de la tarde, después de confortar mi estómago con un café ardiente y una copa de coñac, decidí ponerme en contacto con Joyce Morgan.

Desde la cafetería de la calle Dieciocho en la que me encontraba marqué el número de la viuda de Budd Morgan.

—¿Señora Morgan? Soy Mark Kasariam. He realizado algunos gastos y comprendido que los mil dólares de mi amigo Budd no durarán eternamente. En consecuencia, voy a tomarme la libertad de hacer uso de su ofrecimiento de anoche. Necesito su ayuda para conseguir una forma estable de ganar dinero. No me importa demasiado el modo de conseguirlo, puede crearlo.

—Es usted un ingrato, Mark. Y no puedo imaginarme la causa de que se muestre receloso conmigo. Me mintió Dijo que iba a alojarse en el hotel Kentmire, pero allí me dijeron que no le conocían —me reprochó inmediatamente.

Por mi parte, estaba preparado para aquella contingencia, y mentí enseguida con desparpajo:

—¿Por qué iba a desconfiar de la hermosa mujer que resolvió anoche mi difícil situación? La verdad es que no fue mía la culpa, sino de... la nieve. El taxi que me conducía al Kentmire patinó y se estrelló contra un escaparate. No hubo consecuencias, aparte del

susto y un cierto dolor en todos mis huesos, pero no pude encontrar otro taxi y decidí alojarme en un hotel próximo. Eso es todo, señora Morgan.

—No me haga mucho caso, Mark. En realidad, era sólo una broma. Y celebro que me haya llamado. Hay buenas noticias para usted... —respondió la señora Morgan tras una breve pausa.

—¿De qué se trata?

—He expuesto su caso a un amigo y ello es la causa de que intentase establecer contacto con usted en el hotel Kentmire.

—¿Y...?

—El caballero de quien le hablo se llama Jerry Burns y era un antiguo amigo de mi esposo. Míster Burns es un rico hombre de negocios, que posee intereses en varias empresas de exportación e incluso en la banca. Y lo más importante: a petición mía está dispuesto a ofrecerle un empleo estable.

—¿Un empleo... limpio? —inquirí.

Cuando volvió a hablar, el tono de Joyce Morgan era furioso.

—¿Por quién me ha tomado? ¡Creo... creo que debiera...!

—Lo siento, señora Morgan. Opino que he cometido un desliz imperdonable. Quizá mi única disculpa sea que me encuentre en una difícil situación económica. ¿Querrá aceptar mis excusas? —quise contemporizar.

—La verdad es que no sé si debo perdonarle, Mark. Está bien, todo sea en memoria de Budd —respondió al cabo—. Preséntese en el 506 de Rush Street, planta octava. Míster Burns estará allí hasta las ocho de la noche.

—Mil gracias, señora Morgan. No dude en recurrir a mí si en alguna ocasión necesita mi ayuda —ofrecí.

—Eso está mejor, Mark. Y, ¡quién sabe! Tal vez necesite de usted más adelante. ¿Me llamará cuando haya escogido una residencia fija? —preguntó.

—Lo prometo... —asentí—. Buenas noches, señora Morgan.

Volví a la barra y pedí otra copa de coñac, mientras fumaba un cigarrillo.

«El mundo es maravilloso —decidí mentalmente—. Ayer me encontraba en la más espantosa miseria y he aquí que hay, apenas veinticuatro horas después, tengo un fajo de billetes en mi bolsillo y se abre ante mí un porvenir esperanzador».

Apuré mi coñac, pagué y salí.

En la calle, un individuo de estatura mediana, anchos hombros y rostro impenetrable se interpuso en mi camino.

«Complicaciones —pensé—. Iba siendo todo demasiado hermoso».

—Mark Kasariam —dijo el otro. Y su tono decía claramente que aquello no era una pregunta, sino una afirmación.

—Ya que lo sabe todo, siga soltando todo lo que lleva dentro —le animé, poniendo cara de perro—. ¿De qué se trata?

Mi interlocutor dirigió un rápido vistazo hacia el largo automóvil estacionado al borde de la acera.

Dentro de aquel coche, tras el volante, aguardaba otro individuo calvo, de aspecto muy parecido al que tenía delante.

—Dana Smith, servicio de seguridad del gobernador —dijo el hombre que me había detenido de forma perentoria. Y me mostró una credencial.

Era auténtica, según pude comprobar de una veloz ojeada. Aquel hombre era el sargento Smith, de la escolta personal del gobernador.

—De acuerdo —dije fastidiado—. ¿Y qué?

—Debe acompañarnos, señor Kasariam. El gobernador quiere entrevistarse con usted —anunció Smith.

¡Balsam!

Por fin, mi amigo el gobernador daba señales de vida. ¿Significaba aquello que Balsam había decidido encargarme la dirección de su campaña de reelección?

Mis pasos se dirigieron hacia el rutilante vehículo pintado de negro. Abrí la portezuela trasera y me acomodé en el asiento.

Sin añadir una palabra, Dana Smith se sentó junto al conductor y le ordenó partir con un sonoro chasquido del anular y el pulgar.

Veinte minutos después, Smith me precedía a través de las habitaciones de la residencia del gobernador.

Robert Balsam se alzó de su asiento al verme entrar.

Era el mismo hombre que yo recordaba. Seis años no habían alterado apenas su silueta maciza, su sonrisa perenne que ganaba voluntades, su cabello fuerte y gris..., ni su afición por el más cano *whisky* escocés.

Balsam daba perfectamente la imagen de un hombre sano,

optimista y honrado. Y lo mejor de todo ello es que correspondía a la verdad.

Yo pensaba ofrecerle la mano, pero él me abrazó impetuosa y cordialmente.

—¡Mi querido Mark, cuánto te he echado de menos! Puedes creermelo si te digo que he pensado muy a menudo en ti —empezó a hablar incontinentemente—. He puesto todo mi interés en que volvieses con nosotros cuanto antes y al fin lo he conseguido. Lo único que siento en lo más hondo es no poderte encargar de la dirección de mi campaña electoral. Espero, Mark, que sepas comprenderlo.

Disimulé una sonrisa amarga y acepté el asiento que me indicaba. Luego, tomé el vaso de *whisky* que Robert acababa de servir y lo apuré de un trago.

Definitivamente, había perdido mi empleo con Balsam, pero había conservado al amigo.

* * *

Estuve con Balsam hasta las siete de la tarde. Y cuando abandoné la residencia me sentía más confortado y optimista.

El «Lincoln» negro de Balsam me dejó frente a la misma cafetería donde seguía estacionado mi automóvil.

Tenía que entrevistarme con aquel caballero llamado Jerry Burns, rico, poderoso y amigo de Budd Morgan.

Es curioso; en los tiempos en que yo conocí a Budd apenas tenía amigos, pero ahora, es decir, antes de morir, hasta contaba con millonarios entre sus amistades.

A las siete quince aparcaba frescamente en el aparcamiento subterráneo del edificio 506 de Rush Street.

En la octava planta encontré aquel cartelito distribuido a lo largo de todos los pasillos: «MIDLEWEST ELECTRONICS CORP.», que me guió eficazmente hasta el despacho de Burns.

Burns disponía de una secretaria muy joven, guapa y eficiente, que me precedió con una sonrisa profesional hasta la gran puerta de nogal.

La entrevista con Burns fue breve. Era un hombre expeditivo y directo, que fue rápidamente al grano.

—Siéntese, Kasariam, fume, si lo desea. Veamos, ¿qué sabe usted hacer? —habló cortésmente.

Le dije que conocía la técnica de la información, que era técnico publicista, que había conseguido el grado de sargento en el ejército y que diez años atrás me había alquilado como guardaespaldas de gente bien.

—Necesitamos un buen «relaciones públicas» en la Midwest Electronics, Kasariam. ¿Cree que podría desempeñar el cargo? Tendría que asistir a exposiciones, convenciones y ferias de muestras. Además, es posible que le solicitase de cuando en cuando como guardaespaldas personal mío cuando haga algún viaje —explicó.

—Creo que podría desenvolverse muy bien —aseguré sin meditarlo.

—Perfectamente, en tal caso, queda aceptado —respondió.

Abandonó el asiento y se inclinó sobre la modernísima caja de caudales situada a su espalda.

Accionó la combinación y abrió la puerta. Sin poderme contener, lancé una exclamación de genuino asombro al comprobar que la caja albergaba una considerable cantidad de dinero que no bajaría de los cien mil dólares.

Burns sonrió levemente al advertir mi estupor. Cerró la caja y volvió a la mesa, sobre la que dejó mi fajo de billetes de cien dólares.

Sacó un talonario de un cajón, redactó un recibo y me lo tendió.

—¿Cómo? —exclamé, desconcertado—. ¿Diez mil dólares?

—Es su sueldo de un mes, Kasariam. Por adelantado. Firme y tome el dinero —respondió.

Firmé el recibo, lleno de excitación.

—Es mucho dinero... —murmuré incrédulo aún.

—La Midwest Electronics es una gran empresa, Mark. Y paga bien a los que le sirven.

—¿No he de firmar ningún contrato de trabajo? —inquirí.

Burns se puso en pie.

—Digamos que va a trabajar a prueba durante un mes. Si al cabo de este plazo estamos satisfechos de usted, le ofreceremos un contrato en firme.

—¿Qué he de hacer?

—Venga mañana, hacia las diez. Le explicaré su cometido. Y ahora, buenas noches, Kasariam. Tengo algo que hacer todavía —me despidió Burns.

Estreché su mano y salí. En la antesala, la secretaria me despidió con un mohín amistoso.

El enorme edificio parecía absolutamente desierto, excepción hecha de Burns y la chica. Ni un botones, ni un conserje, ni siquiera un vigilante en el aparcamiento.

El dinero que guardaba en el bolsillo interior de mi trenka me confería una enorme sensación de seguridad.

A pesar de lo cual, yo experimentaba una vaga sensación de malestar.

Quizá fuera ello lo que me obligó a realizar ciertas averiguaciones. Desde un teléfono público establecí contacto con Robert Balsam y expliqué lo que deseaba saber.

No habían transcurrido aún quince minutos cuando obtuve la respuesta.

—La persona que posee la mayoría de acciones sobre la Midlewest Electronics es William Armory. En cuanto a Jerry Burns, hace tres años que trabaja para Armory. Burns viene a ser algo así como su «factótum», su brazo derecho —me informaron.

Me quedé de una pieza. Así que yo había ido a caer entre las garras del omnipotente William Armory...

¿Qué esperaba de mí Armory?

Sólo había una respuesta sensata:

«Va a tratar de convencerme para que dirija su campaña electoral. Intentará valerse de cuanto sé acerca de Balsam para hundirle», deduje.

Seguramente hubiera devuelto a Burns los diez mil dólares de no suceder lo que aconteció pocos minutos después.

Es decir, abandoné la cabina telefónica, encendí un cigarrillo y busqué mi coche.

Abrí la portezuela, me acomodé tras el volante y suspire.

Me inclinaba sobre el panel de instrumentos para dar la vuelta a la llave de contacta, cuando sentí un escalofrío.

Algo frío, helado y metálico, acababa de tocar mi cuello.

—¡Al fin! —dijo alguien a mi espalda—. Al fin te encuentro, Mark Kasariam. ¿No habías imaginado alguna vez que un coche

sería tu féretro?

Me aguanté una maldición. Imprudente de mí, había dejado el coche abierto, y las consecuencias...

Miré el espejo retrovisor, buscando la cara de la persona que acababa de hablar y a punto estuve de respingar, tan grande fue mi asombro.

Porque el bello rostro que contemplaba en el espejo no me era desconocido en absoluto. Aquellas facciones correspondían a Jean Davis.

Pero resultaba imposible que Jean estuviera ahora allí, en el asiento posterior de mi coche.

Y mi razón era convincente: seis años atrás, yo mismo había estrangulado a Jean Davis.

CAPÍTULO V

Mi encuentro con Jean, seis años atrás, se había producido de forma accidental. Y nunca mejor utilizada la expresión «accidental».

En plena campaña electoral a favor de Balsam, habíamos dejado los barrios de Chicago para los últimos días, pues yo tenía la convicción de que aquella sería la partí más fácil y cómoda de mi exhaustivo trabajo.

Balsam se había demorado en Springfield^[2] y había anunciado que llegaría a Chicago a las siete de la tarde.

Ocupado con el mitin de aquella misma noche, se me había hecho tarde y cuando me dirigí al

O'Hare

International Airport eran ya las siete menos veinte.

Apreté el acelerador más de la cuenta en la carretera y súbitamente surgió el accidente: un bonito «Mercedes-Sport» color blanco apareció a mi derecha por uno de los accesos.

Fue inútil que pisase el freno a fondo e incluso que virase el volante a la izquierda. El extremo derecho del paragolpes de mi automóvil rozó al «Mercedes» y lo impulsó fuera del firme.

Mi coche se detuvo en seco. Salté fuera y corrí hacia el «Mercedes», que afortunadamente no había volcado.

Lo primero que vi dentro fue una espléndida cabellera rubia desparramada como un torrente de oro sobre el volante.

Alcé suavemente la cabeza de la mujer y la dejé reposar sobre el respaldo. Mi estómago se encogió al advertir el fino hilillo de sangre que brotaba de entre sus labios.

—El volante le ha hundido el pecho —fue mi sombrío augurio.

A pesar de mi intenso nerviosismo conseguí reaccionar con rapidez. Corrí a mi coche, abrí la portezuela trasera, volví al

«Mercedes» y tomando a la muchacha en mis brazos con cuidado, la trasladé al asiento de mi automóvil.

Era muy joven y hermosa. Tenía el rostro aniñado y dulce y un cutis fino, como de seda. Sus piernas, dobladas por las rodillas, eran perfectas.

Arranqué como un loco y llegué al aeropuerto. Ni siquiera reparé en el gentío que se agolpaba en las terrazas mientras el avión que transportaba a Robert Balsam descendía majestuosamente sobre las pistas.

En el servicio de urgencia, un médico atendió rápidamente a la mujer rubia. Como me habían hecho aguardar fuera, yo paseaba muy agitado por el pasillo como reo que aguardase el veredicto.

Transcurrieron quince, veinte minutos. Al fin, se abrió la puerta y el médico me invitó a pasar.

—¿Qué...? —murmuré con voz estrangulada por la angustia.

—Ha recuperado el sentido. No es nada importante. Le he hecho un reconocimiento minucioso y no existe ninguna fractura. De todas formas, creo que le convendría descansar en cama un par de días —me recomendó el doctor.

Suspiré hondo.

Y me incliné sobre el diván donde habían puesto a Jean Davis.

Murmuré torpes palabras de disculpa, tomé una de sus manos y la acaricié.

Pero ella sonrió dulcemente y dijo:

—No se atormente, por favor. En realidad, soy yo quien debiera pedirle disculpas. Tenía prisa y penetré alocadamente en la carretera, cuando debiera haberle cedido el paso. Creo... creo que me comporté como una loca.

Sentía ganas de estrecharla en mis brazos y besar sus labios, ahora un tanto descoloridos.

—Es usted un ángel —murmuré—. Entonces..., ¿no me guarda rencor por lo ocurrido?

—¿Cómo puede pensar tal cosa? Usted ha abandonado todo por mí... El doctor me ha explicado quién es usted. Mark Kasariam, la mano derecha de Robert Balsam...

—Era un deber de humanidad, ocuparme de usted. ¿Cómo se llama?

—Jean. Jean Davis. Posiblemente habrá visto alguna película

mía... —Se ruborizó levemente—. Bueno, aún no he protagonizado ningún filme, pero he intervenido como actriz secundaria en más de diez películas.

Naturalmente, yo jamás había oído hablar de una actriz llamada Jean Davis, pero asentí amablemente. Y añadí:

—Voy a llevarla adonde prefiera. Naturalmente, correré con los gastos de reparación de su automóvil.

Pedí telefonear al doctor que había atendido a Jean y me puse al habla con Kirk Brown, uno de los hombres del equipo. Brown aguardaba a Balsam en la sala de prensa del aeropuerto.

Le expliqué brevemente lo ocurrido y le encargué de informar a Balsam que me reuniría con él antes de comenzar el mitin.

Entretanto, Jean se había levantado del diván y recomponía su aspecto con gran habilidad, valiéndose de un espejito.

Me impresionó la rapidez con que se había repuesto. Cuando hubo terminado, la tomé del brazo y la llevé al coche.

Durante el camino de regreso a Chicago, Jean se interesó mucho con todo lo relacionado con la campaña electoral de Robert Balsam.

Hablaba con tanta ingenuidad y había tal expresión de inocencia en sus bellísimas facciones, que contesté a sus preguntas de buen talante.

Finalmente, detuve el coche ante un edificio de apartamentos de Kent Road.

Algo extraño estaba produciéndose en mí. ¿Por qué me costaba tanto separarme de Jean?

—No olvide la recomendación del médico —le dije, emocionado—. Volveré a verla mañana.

—Le estaré esperando —respondió con una dulce sonrisa.

Sin poderme dominar, la besé con suavidad en los labios. Ella descendió del coche y se alejó hacia el vestíbulo del edificio.

Su imagen, esbelta y graciosa, quedó grabada de forma indeleble en mi retina.

Luego puse en marcha el motor y me alejé de mala gana.

Fui a visitarla al día siguiente, al atardecer. Y en el mismo pasillo de su apartamento se arrojó en mis brazos.

—Lo... lo siento —murmuró azorada—. No pude contener mi impulso... ¡Oh, Mark, es terrible lo que me está ocurriendo! Estuve pensando en usted durante toda la noche.

La sangre corrió tumultuosamente por mis venas.

—No creo que sea cosa tan terrible —dije—. A mí me ha ocurrido otro tanto.

Y era verdad.

Durante la noche, me había sentido desvelado hasta el punto de que apenas dormí. Y el motivo sólo era uno: Jean Davis.

Nos besamos apasionadamente, con un ansia infinita, casi con ferocidad.

Durante los días siguientes, yo aprovechaba cualquier momento libre para volar a reunirme con mi pequeña Jean.

Mi enamoramiento era tan profundo y arrollador, que si no hubiera sido por mi innato y firme sentido del deber, probablemente hubiera arrojado por la borda la campaña electoral de Balsam, con tal de dedicarme plenamente a Jean.

Enseguida, Jean se empeñó en acompañarme en mis salidas y viajes relacionados con la campaña electoral de Balsam. Para ello alegó que no tenía pendiente el rodaje de ningún filme y que se aburría soberanamente sin mí.

Naturalmente, estaba tan loco que accedí.

Loco y ciego, para no darme cuenta de que Jean no era la jovencita cándida e ingenua que pretendía ser a mis ojos.

Se habían producido algunos reveses en nuestro trabajo. Inexplicablemente, William Armory, que competía con Balsam para el puesto de gobernador, se nos anticipaba en las acciones y se iba alzando con voluntades que nosotros estábamos seguros de poseer con vistas a las elecciones.

Hasta que un día recibí una llamada telefónica. Anónima.

—Se está comportando como un idiota, Kasariam. ¿No se da cuenta que tiene al enemigo dentro de casa?

—¿Quién es usted, a qué se refiere? —La voz sonaba átona, confusa, como si mi comunicante hablase a través de un pañuelo.

¿Hombre o mujer? No supe responder a mi propia pregunta.

—Me refiero a Jean Davis. ¿Es que no sabe que ella trabaja para William Armory?

Pronuncié una palabrota entre dientes.

Pero mi interlocutor seguía vertiendo en mis oídos palabras insidiosas, venenosas.

—No sea ingenuo, Kasariam. ¿Cree que ha enamorado a Jean

gracias a su atractivo varonil? No sea iluso: Jean Davis es una serpiente de cascabel con apariencia de gacela. Supongo que le ha dicho que es actriz principiante, con cierto porvenir, ¿no es así? Pues bien, va a saber la verdad: los tres filmes en que ella ha intervenido, los ha sufragado Armory, su «protector» y ninguna de esas películas ha sido distribuida por las cadenas comerciales, debido a su bajísima calidad.

Escuchando aquella voz, yo rechinaba los dientes, furioso.

—Créame, Kasariam: Jean Davis se está valiendo de usted con el único fin de que William Armory consiga aplastar la candidatura de Robert Balsam. Si es tan estúpido como para seguir ciego después de mi aviso, allá usted...

—¡Escuche, espere...! —grité—. Tengo que saber...

Pero al otro lado del hilo habían colgado ya y nadie respondió a mis coléricas frases.

La desconfianza y la inquietud se apoderaron de mí. Porque, ¿qué pensaría de mí Bob Balsam si perdía las elecciones a un paso del éxito?

Sin embargo, amaba tanto a Jean que prefería ignorar aquel cobarde aviso anónimo.

—Ella es buena, honrada y leal —me repetía constantemente. Y quizá buscaba convencerme a mí mismo de que Jean no me había traicionado.

¿Se puede simular la pasión, es posible disfrazar la indiferencia hasta el punto de entregarse a otra persona para conseguir un fin prosaico, material...?

No dije a nadie una palabra acerca de aquella conversación telefónica. Ni siquiera a Bob Balsam, con quien tenía absoluta confianza.

Por un momento, mientras procuraba acallar mis inquietudes con una generosa ración de *whisky* helado, la tentación rondó mi mente...

¿Por qué no llevar a cabo algunas discretas averiguaciones acerca de Jean Davis?

Poseía recursos, amigos, relaciones suficientes para conseguir saber lo que me proponía.

Finalmente, aparté de mi mente aquella tentación. ¡Jean no se merecía mi desconfianza!

Me serené un tanto imaginando que la llamada anónima se debía a una idea perversa de alguien que odiaba a Jean, quizá de alguna mujer, celosa del éxito de la joven actriz a la que yo amaba por encima de cualquier otra consideración.

Pero cuando me reuní con Bob para cenar, sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría.

—Tenemos que averiguar dónde está el fallo, Mark. Alguien se ha infiltrado en nuestro equipo, algún traidor que está vendiendo a mis enemigos nuestros planes de captación de votos —habló sin morderse la lengua.

—¿A qué te refieres? —pregunté, tras beber un largo trago de champaña, quizá con el único fin de ganar tiempo.

La ancha frente de Balsam se frunció.

—¡Vamos, Mark! —me reconvino con voz fuerte—. Tú sabes tan bien como yo de qué se trata: hace una semana, mi superioridad sobre William Armory era evidente. Hoy... nuestras fuerzas están equilibradas con vistas a las elecciones. Pero mañana..., mañana tal vez Armory me haya superado y yo estaré hundido.

Lo dijo con amargura. Yo sabía muy bien la ilusión y los recursos económicos que Bob estaba exponiendo en la campaña electoral.

No dije nada. Pero Bob estaba dispuesto a abordar directamente el problema.

Y lo hizo.

—Escucha, Mark. Sólo voy a pedirte que respondas a una cuestión. Esa chica, Jean Davis, no se ha despegado de ti desde hace un par de semanas. ¿Crees que es de absoluta confianza?

Sus ojos grises me asaetaron, duros como diamantes. Forcé una corta carcajada y dije:

—¡Pues claro que sí! ¿Crees que iba a exponer tu éxito en esta campaña si dudase un momento de ella?

CAPÍTULO VI

Tras la conversación con Balsam, me hice una firme promesa: no permitir de allí en adelante que Jean me acompañase durante las convenciones y mítines a favor de Bob.

Con ello solo buscaba una cosa: acallar mi conciencia. Por lo demás, Jean seguía comportándose conmigo de forma tan apasionada y cariñosa como siempre, lo que confirmó mi fe en ella.

Faltaban apenas diez días para las elecciones finales y sólo quedaban dos firmes aspirantes a ocupar el gobierno del estado: William Armory y Robert Balsam.

En la última semana, Bob había conseguido alguna superioridad sobre Armory, pero no se trataba de una ventaja decisiva.

Por tanto, habría que trabajar de firme a lo largo de las fechas que restaban.

Durante dos días seguidos me fue imposible ver a Jean. Al anochecer del tercero, sin embargo, estacioné mi coche en Kent Road.

Como Jean me había entregado una copia de la llave de su apartamento, no necesité pulsar el timbre.

Abrí la puerta y avancé por el pasillo y crucé el salón. Mis pies, calzados con frescos mocasines veraniegos, apenas producían un leve rumor.

Jean estaba hablando por teléfono en su dormitorio. La vi, sobre la cama. Su cuerpo resaltaba como una mancha dorada sobre la colcha roja.

Me quité la chaqueta. Ya me disponía a penetrar en la alcoba, cuando escuché aquella frase:

—... Que puedes contar con ello. Kasariam hará lo que yo decida...

Las sienes me zumbaron dolorosamente. Oscuros y atormentadores pensamientos cruzaron, como dardos afilados, por mi mente.

Penetré como una tromba en el dormitorio y casi grité:

—¿Y qué es lo que tú vas a decidir, querida Jean?

Se volvió lentamente, pues yacía de bruces sobre el lecho, con el teléfono al oído.

Sonrió alegremente. No parecía sobresaltada en absoluto.

—Conque esperándome, ¿eh? —bromeó. Y se puso seria—. ¿Te ha ofendido mucho saber que me propongo hacerte m; esposo? Hablaba con Margie, una amiga íntima, a la que me une una gran confianza, claro está. Le decía que podía contar con una invitación de boda... en el caso de que tú te decidas a proponerme el matrimonio.

Respiré hondo. Y de repente, solté una franca carcajada con la que se aliviaba mi tremenda tensión.

—Así que te has propuesto llevarme a la vicaría, ¿eh? —La amenazaba cómicamente, con un dedo, a la par que avanzaba hacia el lecho.

De repente, salté sobre ella, la atrapé y... la besé hasta saciarme. Quise ir más lejos, pero ella se escurrió de entre mis manos y saltó ágilmente fuera de la cama.

—Ah, no, no... Todavía no. Antes quiero preparar algo para beber. Se trata de una receta muy especial, que Margie ha estado dictándome. Se llama «Sharai-ping» y se hace a base de hierbas aromáticas, cortezas de limón y shake japonés. No te duermas, amor. Volveré enseguida.

Volvió al cabo de diez minutos, cuando yo fumaba ya el segundo cigarrillo, absolutamente relajado sobre el lecho.

Jean me tendió un vaso con un líquido ambarino, color verde, sobre el que flotaban los cubitos de hielo.

Lo probé. Tenía un gusto delicioso, un tanto exótico, con un cierto regusto amargo.

—Hummm —murmuré, complacido—. Delicioso. Creo que Margie se ha ganado la invitación a nuestra boda.

Apuré el vaso, mientras con una mano acariciaba a Jean. Me sentía flotar como sobre nubes de algodón y la sensación era mil veces placentera. La voluntad me había abandonado y yo sólo

quería seguir así, inmóvil, al lado de mi hermosa y delicada Jean.

—He oído decir que tu amigo Balsam tiene una amiguita... a pesar de que es hombre casado y, en apariencia, respetable —me llegó la voz de Jean.

—Estás loca —dije, con voz pastosa—. Bob...

—La amiguita de Bob se llama Eva Merrill y no pasa de ser una vulgar exhibicionista, una artista de *strip-tease*. Dime, Mark, ¿qué ocurriría si la gente supiera que Balsam tiene una amiguita como la Merrill? —sonó la voz susurrante de Jean en mi oído.

Quise incorporarme, pero no lo conseguí.

Lo único que pude hacer fue responder con voz cada vez más opaca:

—Nadie lo sabrá nunca, porque...

—... Porque Balsam es suficientemente inteligente como para proteger a Eva Merrill y la intimidad de sus encuentros con ella, ¿no es cierto?

—¿Cómo sabes que...?

—Lo sé y eso es lo que importa. Escucha, Mark, queridísimo Mark: tú tienes acceso a la residencia privada de Balsam; tú puedes llegar hasta su alcoba del hotel Wallerton donde se reúne discretamente con la Merrill, aprovechando que su esposa vive en Springfield. Sólo tendrías que...

—¡No! —grité. Bueno, no fue un grito, sino un susurro, lo que surgió de mi garganta—. Estás loca, loca de remate. ¿Cómo puedes...?

—Espera. Te serviré un nuevo «Sharai-ping». No, te muevas —susurró Jean. Y abandonó la habitación.

—¡Es... pe... ra! —gemí. Y quise saltar tras ella, pero mis músculos no respondieron a la orden que les enviaba mi cerebro.

Sentía la garganta seca y tenía una sed inmensa, una inconcebible ansiedad por beber algo fresco y relajante.

¿Cuánto tardó Jean? No fui capaz de emularlo porque mi mente estaba completamente embotada. Lo único que sé es que el vaso con aquel líquido verde esmeralda apareció ante mis ojos, que mis manos lo tomaron ansiosamente y mis labios bebieron glotonamente el néctar exótico.

Todo mi ser se sumergió entonces en una total laxitud.

Jean yacía a mi lado, contemplándome con expresión perversa.

¿Qué era lo que mostraba entre sus largos dedos de vampiresa?

—Lo harás con esta micro-cámara fotográfica, Mark. Es pequeña, sí, pero carísima y muy eficaz. Puede realizar fotos muy precisas incluso en las más deficientes condiciones de luz. Tú la utilizarás para fotografiar a Balsam y la Merrill, juntos. ¿Verdad que lo harás, quejido?

—No... ¡no! —gemí.

—Sí, sé que obedecerás, Mark —sonreía pérfidamente, segura de sí misma.

El odio se desató dentro de mi corazón. La voz anónima que me preveniese contra Jean era veraz.

Mi pequeña, mi delicada y hermosa Jean no era sino rasa serpiente venenosa, una criatura falaz y traicionera, una mujer que se había servido de mí del modo más rastrero y desleal.

Vi su cuello grácil como el de un cisne. Y mis manos se tendieron hacia ella, ansiosas por apretar aquel cuello, por arrebatarse la vida de Jean.

Pero ella lanzó una carcajada, saltó de la cama y huyó, riéndose sin parar, hacia el salón.

Con un poderoso esfuerzo, caí de la cama, me alcé, tambaleante, y traté de seguirla.

¿Caí de nuevo, conseguí alcanzarla?

Jamás he logrado recordarlo.

* * *

Alguien me sacudió violentamente por los cabellos. Abrí los ojos y vi el rostro inquisitivo y brutal del policía.

—Bestia inmundada... —murmuró aquel tipo.

Miré de reojo y vi el cuerpo de Jean, apenas velado por una sábana. Estaba en el salón, junto a la mesita del teléfono.

Muerta.

En su cuello, fino y delicado, aparecían unas marcas moradas.

Tragué saliva, me froté los ojos enloquecido.

Pero el policía unió brutalmente mis manos a la espalda y me esposó.

Junto a la puerta, asomando su cabeza entre los policías de uniforme que llenaban la habitación, vi a Ted Hinsdale.

Sus ojos se encontraron con los míos. Inexplicablemente, Ted rehuyó su mirada, avergonzado.

Fui a decirle algo, pero el policía de paisano que acababa de esposarme tiró de mí bruscamente y me incorporó.

—Voy a leerle sus derechos, Kasariam. Tiene derecho a no responder a las preguntas que se le hagan, pero si habla...

CAPÍTULO VII

Así fue, seis años atrás, como asesiné a Jean Davis.

—¿Cómo fui capaz de tal monstruosidad? Yo era un hombre honrado y responsable, y a pesar de que la traición de Jean y el brebaje que ella me administrase habían alterado mi mente, aún me sobresaltaba cuando volvían a mi cerebro los recuerdos de aquella noche.

Pero ahora... ¡Jean parecía haber resucitado para seguir atormentándome!

Por encima del terror que me paralizaba, aún fui capaz de elevar mis ojos al espejo retrovisor y mirar por segunda vez aquel bellísimo rostro.

De repente comprendí que aquella mujer no era Jean Davis, aunque la semejanza era pasmosa.

No. Si Jean no hubiera muerto, ahora sería ya una mujer de casi treinta años. Y la jovencita que yo tenía a la espalda, encañonándome con algún arma de fuego apenas habría cumplido los veinte años.

Había odio en sus ojos brillantes y azules, más oscuros que los de Jean. En su mano temblaba la pistola.

—¿Quién es usted? —pregunté, esforzándome en evitar que en mi voz se notase la menor vacilación.

Oí una risita nerviosa a mi espalda.

—¿Es que no lo ha adivinado, Mark? Soy Carol Davis, la hermana menor de la mujer a la que usted asesinó hace seis años —confesó con voz ronca, estrangulada por la emoción.

—Está bien, Carol. ¿Qué es lo que pretende?

—Ojo por ojo, diente por diente —la voz temblaba de ira y de... miedo—. Voy a matarle.

Traté de girar el cuello para mirarla directamente, pero el cañón de la pistola se hincó más profundamente en mi pescuezo, lo que me obligó a desistir de aquel movimiento.

—No seas loca, Carol —hablé con voz suave, convincente—. Si maté a su hermana, he pagado ya por ello. He estado en la cárcel y...

De nuevo oí su risa quebrada, rota.

—¿Seis años de cárcel? Demasiado poco para un crimen tan repugnante. Escuche, Mark: he estado aguardando estos seis años, contando día a día, ansiando que llegase el momento de tener ante mí al hombre que asesinó a mi hermana. El momento ha llegado. Y ahora...

Me estremecí en un escalofrío.

La voz que yo escuchaba vibraba de pasión, de odio incontenible.

Carol Davis estaba sumamente nerviosa, desquiciada, y ello la hacía aún más peligrosa.

—¡Escuche! —grité—. Si dispara aquí, no tendrá salvación. La detendrán antes de que pueda huir. ¿Sabe cómo es la cárcel? Miles y miles de días de humillación, de soledad, de desesperación, sin horizontes, sin porvenir, sin la menor esperanza. Su vida estará arruinada para siempre, Carol. ¿Cree de veras que vale la pena?

La presión del arma en mi cuello se aflojó un tanto.

Oí un sollozo entrecortado y me volví al notar que la pistola no se apoyaba ya en mi cuello.

—¡No puedo, no puedo hacerlo! —gemía la infeliz, oculto el rostro entre las manos.

Temblaba como un niño desamparado. Pero no había soltado la pistola.

Temiendo que un ademán nervioso se le disparase el arma, lo arriesgué todo a una carta.

Suavemente, tomé el arma y di un pequeño tirón.

Carol ni siquiera pareció advertirlo. Puse la pistola en el secreter del panel y me volví hacia ella.

Sin darme cuenta de lo que hacía, acaricié levemente sus cabellos dorados.

Carol sollozaba quedamente. De vez en cuando se estremecía en un escalofrío tremante que recorría *su* espalda como una ola.

—Escuche, Carol: a veces, yo mismo dudo de que llegase a matar a Jean. No soy un asesino, sino un hombre respetuoso con la ley. ¿Conoce usted las circunstancias en que sucedió aquello? —dije.

Apartó sus manos del rostro y me miró con expresión de profunda incredulidad.

—Me siento humillada por no haber tenido fuerzas para llevar a cabo mi propósito, Kasariam, pero eso no quiere decir que vaya a creer sus embustes. Usted tiene mi pistola. ¿No comprende que ya no tiene sentido llevar la duda a mi ánimo? —gimió.

—¿La pistola? —Tomé el arma del secreter y se la ofrecí—. ¡Tómela! Si está ciegamente convencida de que debe matarme, ¡dispare!

Estaba exponiéndome demasiado en aquella prueba, pero surtió su efecto, porque Carol apartó sus dedos de la pistola como si el pavonado metal del arma abrasase.

Durante unos minutos, ambos permanecemos en silencio. Yo contemplaba a Carol, compasivo, y ella miraba sin ver hacia la calle.

—Jean me cuidó siempre como una madre —dijo ella, luego, con voz llena de fuego—. Sé que hizo algunas cosas que no estaban bien, pero se enfrentó valientemente a la miseria... por mi causa. Habíamos crecido en un ambiente denigrante, miserable y peligroso. Pero Jean quiso apartarme de todo cuanto pudiera perjudicarme y se esforzó para pagar mi internado en uno de los mejores colegios de esta ciudad. ¿Cómo podría yo reprobar su conducta, si ella se manchó por mi causa?

Calló y permaneció en silencio, como si todo estuviese dicho ya.

Yo encendí dos cigarrillos y puse uno en sus labios. Carol aspiró el humo con evidente ansiedad.

—Creo que yo mismo ignoraba muchas cosas acerca de Jean —confesé—. ¿Quieres venir conmigo, Carol? Creo que a ambos nos vendría bien charlar un rato ante una taza de café. No tema, no pienso justificarme ante usted, ni enredarla con mis «embustes».

Sus ojos, de un azul intenso, insondable, me miraron con fijeza.

—Es curioso —dijo—. Es cierto que tiene usted el aspecto de una persona decente. Sabe mirar en línea recta e incluso inspira confianza. Sin embargo...

—¿Qué?

—Nada. La verdad es que necesito hablar un rato con alguien, para desahogarme. Lo insólito del caso es que mi interlocutor va a ser el hombre que asesinó a mi hermana.

Me hicieron daño sus palabras. Pero yo tenía ya demasiado interés en hablar con ella para estropear la ocasión.

No hice ningún comentario. Puse el coche en marcha y conduje hacia las afueras.

Nos detuvimos ante un discreto restaurante de carretera y descendimos.

El suelo estaba cubierto de nieve. Carol, calzada con unas botas de altísimo tacón, resbaló y hubiera caído si yo no la hubiera tomado fuertemente por un brazo.

A su contacto, experimenté una fuerte y conocida emoción.

Era... como si el tiempo hubiera vuelto atrás. Por un momento, Carol fue para mí Jean, la mujer a la que había amado apasionadamente.

Recuperado el equilibrio, Carol se desasíó de mi mano sin violencia y penetrados en el cálido ambiente del bar.

La llevé hasta una mesita apartada, junto a los grandes ventanales. Allí se podía contemplar el paso incesante de los camiones, cuyos faros penetraban la noche e iluminaban fantásticamente los copos de nieve que caían sin cesar.

Ante dos tazas de humeante café negro, encendimos cigarrillos y permanecimos abstraídos durante unos minutos.

—Jean nunca me habló de usted, Mark —dijo ella de pronto.

El segundo sorbo de café me supo amargo como el acíbar. ¿Tan poco había representado yo para Jean?

—En cambio, mencionaba muy frecuentemente a Bob.

—¿Quién era Bob? —pregunté.

—Supongo que su novio o... su amante. Debía ser un hombre rico, a juzgar por su coche. Lo vi una tarde. Salí con Jean hasta la puerta del internado. Bob estaba dentro de un gran «Lincoln», estacionado al otro lado de la calle.

—¿Cómo era? Me refiero a Bob —indagué.

—Estaba anocheciendo ya y la luz era escasa, por lo que apenas pude entrever su silueta dentro del coche. Pero Jean me dijo que Bob era un hombre importante, un personaje. Afirmó que era muy

posible que un día Bob se casase con ella, si desaparecían determinados impedimentos. Parecía muy ilusionada.

—¿Cuándo... cuándo ocurría eso? —pregunté, muy interesado.

—Fue... el mismo año que... murió Jean —confesó Carol con un hilo de voz.

Me sentí sumamente excitado. ¿Quién era aquel Bob, un tipo importante, al que Jean había amado evidentemente?

Yo conocía suficientemente la retorcida personalidad de Jean como para suponer que se trataría de cualquier ricachón podrido de dinero y casado, para más señas.

Carol aplastó su cigarrillo en el cenicero y me miró.

—Usted amaba a Jean, Mark. Ahora lo sé —afirmó.

—¿Cómo puede saberlo?

—Por la amargura que expresó su rostro cuando le he hablado de Bob. Ya que estamos aquí, ¿por qué no me cuenta todo lo que tenga que decir respecto a mi hermana?

Me miraba con los ojos muy abiertos y parecía tan interesada, que no fui capaz de negarme a lo que pedía, a pesar de que no me resultaba muy agradable recordar aquellos dramáticos sucesos.

Hablé y hablé durante largo rato, sin que Carol me interrumpiese ni una sola vez.

Cuando terminé, ella observó:

—Dice usted que la droga que Jean le administró debía ser muy fuerte, puesto que estuvo exánime durante cuatro horas, al cabo de cuyo tiempo la policía le reanimó, ¿es así?

—Cierto.

—Según usted, Mark, trató de agarrar a Jean, pero ella se escapó y usted cayó al suelo, donde perdió la noción de las cosas. ¿No ha pensado que si la droga era tan fuerte, usted sería incapaz de volver en sí y mucho menos, en tal estado, estrangular a mi hermana?

Me costó trabajo digerir el razonamiento. Pero era evidente que Carol tenía razón. Según la policía, los combinados que me había servido Jean aquella noche contenían un potente somnífero en dosis tan elevadas que incluso pudo producirme la muerte.

—Debo parecerle estúpido, Carol, pero la verdad es que jamás se me había ocurrido razonar como usted lo ha hecho. Tan cierto como que aquella noche yo sentí el vehemente deseo de asesinar a Jean. Sin embargo, sé que es imposible averiguar si verdaderamente

maté o no a su hermana.

Carol me pidió otro cigarrillo, muy excitada.

—Veamos —dijo, reflexiva—. Dice usted que Ted Hinsdale estaba en el escenario del crimen. Y que desvió la mirada, como si estuviera avergonzado. Ello parece indicar cierta culpabilidad, ¿no es cierto? Creo que debiera buscar a Hinsdale y forzarle a dar una explicación.

—Ya lo hice. Pero Hinsdale viaja, al parecer, por todo el estado, formando equipo para la campaña electoral de William Armory. De todas formas, lo intentaré otra vez.

Sin darme cuenta, me había ido dejando dominar por el entusiasmo. Y era Carol Davis la que había hecho el milagro.

—Es curioso —dije, mirándola a los ojos—. La persona que se disponía a matarme es precisamente la que me abre los ojos. ¿Por qué?

—No lo sé. Desde que abandoné el internado y me independicé mediante mi actual empleo, la idea _ de vengar a Jean se apoderó de mí como una obsesión. Sin embargo, he comprobado que soy incapaz de matar. Por otra parte, su relato ha llevado la duda a mi ánimo. Así, pues, estoy dispuesta a colaborar con usted para desvelar la verdad. Puede contar conmigo, Mark.

—Expone mucho, Carol. Imagínese que de nuestras investigaciones se deduce que en verdad maté a Jean. ¿Cuál sería su postura? —pregunté.

Carol aplastó, muy nerviosa, el cigarrillo sobre el cenicero.

—Es usted quien importa. Si fuera culpable... Bien, ya ha pagado con sus años de cárcel. En cuanto a mi... prefiero no pensar en ello por ahora, Mark. Es tarde ya, ¿quiere llevarme a casa?

Llamé a la camarera y pagué tras lo cual volvimos al coche. Hacía frío y Carol tiritaba.

Mis brazos sentían una tremenda ansiedad por abrazarla y protegerla. Pero no la toqué.

«Tal vez si consigo demostrar que no maté a Jean...», pensé.

Hicimos en silencio el trayecto hasta el número 26 de la West Madison Street, donde Carol tenía alquilado un apartamento.

Antes de que nos separásemos, pregunté de repente:

—Por cierto, Carol, ¿cómo supo que yo había salido de la prisión?

—Es fácil. Soy la taquígrafa del fiscal general —respondió.

CAPÍTULO VIII

Aquella noche me alojé en el Allerton, un soberbio hotel de la Michigan Avenue, donde la estancia por persona y día vale quince dólares.

Contratado por Jerry Burns, no tenía más remedio que disponer de un domicilio fijo.

Desde mi habitación hice varias llamadas telefónicas. A Carol, para decirle que me alojaba en el Allerton.

Hice una segunda llamada a Sarah Hinsdale y me interesé por cuándo volvería Ted.

—No lo sé, Mark. Estoy preocupada. Hace más de una semana que ni siquiera me llama por teléfono —aseguró la esposa de Hinsdale.

—Ten confianza, Sarah —dije más por animarla que por otra cosa—. Ya sabes lo que significa una campaña electoral: viajes, viajes y viajes, sin un momento de descanso. Ted te llamará en cualquier momento. ¿Y el niño?

—He recibido esta mañana una segunda videocassette. Larry está sano y alegre. Pero yo lo necesito aquí, ¡conmigo! —exclamó al borde de las lágrimas.

—Calma, Sarah. Todo se arreglará. Te llamaré a menudo —me despedí.

Me sentí dominado por la ira. Ted, trabajando con Armory en contra de su voluntad, sometido a presión. Y el pequeño Larry en poder de sus secuestradores.

¿Quién tenía la culpa de todo aquello? Era fácil mencionar un nombre: William Armory, el soberbio millonario que se había empeñado en gobernar el estado a cualquier precio.

Armory se saltaba la ley, gobernaba, captaba voluntades y

presionaba a todo el mundo por medios ilícitos.

La misma Jean Davis, ¿no había sido pagada por Armory para conseguir, a través de mí, hundir a Robert Balsam? Jean no había confesado que trabajaba para Armory, pero yo estaba seguro de ello.

Era una locura luchar contra el poder del millonario, pero me propuse intentarlo, al menos.

¿Cómo conseguirlo? Bien, Armory tenía cierta amistad con Joyce Morgan, según pude comprobar la noche que visité a la viuda en su apartamento del edificio «B2» de Marina City.

Marqué el número de la señora Morgan y le dije que me alojaba en el Allerton.

—Ah, Mark, esperaba recibir su llamada de un momento a otro. Jerry Burns me dijo que ustedes habían llegado a un acuerdo satisfactorio —respondió.

—Así es. Empezaré a trabajar para él a partir de mañana.

—¡Espléndido! En tal caso, ¿qué le parece si vamos a cenar a algún sitio para celebrarlo? Es usted un hombre con suerte, Mark.

Sonreí. La invitación de Joyce significaba un paso adelante en mi objetivo.

—Encantado, señora Morgan. Con la condición de que sea yo el que invite.

—Concedido. Venga a buscarme a las diez de la noche. Felices sueños, Mark —me deseó, con un tono insinuante que me desconcertó.

—Buenas noches, Joyce —respondí tuteándola con frescura.

Aquella noche me dormí pensando en Carol Davis. Era como si Jean hubiera conseguido la reencarnación.

* * *

A las diez de la mañana del siguiente día penetré en el vestíbulo del edificio 506 de Rush Street donde tenía sus oficinas la Electronics.

Un conserje me detuvo cuando me disponía a tomar el ascensor rumbo a la planta octava.

—¿Míster Kasariam? —preguntó amablemente.

—Soy yo.

—Tengo un recado de míster Burns para usted. El señor Burns ha debido emprender un viaje urgente y no le necesita por hoy. Me dijo que podía usted disponer de toda la jornada —me informó.

El asombro debió traslucirse en mi rostro. Sin embargo me recuperé pronto de la sorpresa.

—Espléndido —respondí—. Volveré mañana.

Y salí a la calle.

¿Qué clase de empleo era el mío? Percibía diez mil dólares por adelantado y el primer día de trabajo se me concedían vacaciones.

Empecé a pensar que podía haber algo turbio en todo ello. Desde luego yo estaba seguro de que la voluntad de William Armory andaba tras el asunto.

Decidí aprovechar el día en otros asuntos y telefoneé a la residencia de Robert Balsam en Chicago.

Fue Bob quien se puso al aparato.

—Ah, eres tú, Mark. ¿Cómo van las cosas?

—Muy bien, amigo mío. Por cierto, Bob, ¿no te importaría hacerme un pequeño favor? —solicité.

—Bien sabes que haré por ti cuanto esté en mi mano, Mark. ¿De qué se trata?

—Para ti debe resultar fácil lo que a mí me llevaría muchos días. Quisiera saber dónde se encuentra Ted Hinsdale. He oído decir que está trabajando en la campaña a favor de Armory...

Bob tardó algún tiempo en responder.

—Dime, Mark..., ¿para qué quieres entrevistarte con Hinsdale? —inquirió al cabo.

—Podría decirte que Ted y yo éramos _ buenos amigos antes de que yo fuera a parar a la prisión pero no se trata sólo de amistad. He estado repasando minuciosamente cuanto recuerdo de aquella noche en que murió Jean Davis y he llegado a la conclusión de que Ted, que estaba allí, debía saber algo. Quiero encontrarle y tener una seria conversación con él —expliqué.

—Mark... ¿No crees que debieras olvidar todo eso? Te atormentarás inútilmente. Al fin y al cabo, ahora estás libre. ¿No te parece suficiente?

—No —respondí. Y mis dientes rechinaron—. ¿Vas a utilizar tu influencia para averiguar por dónde anda Ted?

Accedió de mala gana.

—Está bien. ¿Dónde te alojas?

—Hotel Allerton, avenida Michigan. Estaré aguardarlo tu llamada, Bob.

Permanecí todo el día en el hotel con la esperanza de recibir la llamada de Robert Balsam.

Sólo hacia el anochecer, cuando comenzaba a vestirme para acudir a la cita con Joyce Morgan, oí el repiqueteo del teléfono.

—¿Mark? Lo siento de veras, pero nadie sabe dónde se encuentra Ted Hinsdale. Me he puesto al habla con la Jefatura de Vigilancia de Carreteras, para averiguar si había ocurrido algún accidente, pero tampoco saben nada de Ted. Seguiré intentando encontrarle... —habló de corrido Bob.

Le di las gracias y colgué. Comenzaba a preocuparme la suerte corrida por Ted, no podía impedirlo.

De todas formas, terminé de vestirme y abandoné el hotel. Cuando subí al apartamento de la señora Morgan, Joyce aguardaba ya vestida.

Estaba bellísima, enfundada en un vestido negro que revelaba prodigiosamente sus magníficas curvas.

Aquella mujer, desde luego, no tenía el menor sentido de la decencia. Su marido había muerto asesinado cinco días antes y esta misma noche se disponía a divertirse alegremente con el primer desconocido que se mostraba propicio a acompañarla.

El único detalle discreto en su atuendo eran las grandes gafas oscuras, con las que sin duda esperaba pasar desapercibida aquella noche.

—Puntual como un reloj, Mark. Me agradas —dijo, antes de salir.

—Estaba ansioso por venir, Joyce. Si digo la verdad, jamás se me hubiera ocurrido esperar salir con una mujer tan hermosa —dije. Y en verdad, no tenía que esforzarme mucho para halagarla, porque Joyce era una hembra capaz de sorber el seso al varón más sensato.

Sonrió y abandonamos el apartamento. En el ascensor, Joyce rozó sus labios con los míos y yo la besé a mi vez apasionadamente.

Tembló. Era cera derretida entre mis manos. Afortunadamente, el ascensor era rapidísimo y nos dejó en el vestíbulo segundos después.

Yo había encargado en el hotel que mi coche fuera adecentado en el garaje y ahora me sentía satisfecho al comprobar que el automóvil presentaba un aspecto decente.

—Indícame el rumbo —le dije, ya dentro del coche.

—Iremos a Tisani, un pequeño restaurante en la cuarta travesía de Cermak Road. Es un lugar muy discreto y dispone de departamentos muy íntimos, donde pasaremos desapercibidos —dijo.

Arranqué. Las bellísimas piernas de Joyce, enfundadas en medias negro-humo, distraían constantemente mi atención, a pesar de lo cual advertí que el depósito de mi coche debía estar casi a cero, según el indicador correspondiente en el panel de instrumentos.

Me detuve en la primera estación de servicio, ya en Cermak Road.

—¡Sigue! ¿Por qué te detienes aquí? —exclamó Joyce. Y me pareció un tanto alarmada.

Quité la llave de contacto y sonreí.

—No hay más remedio, querida. El depósito está vacío —expliqué.

Bajé y me reuní con el empleado que miraba con curiosidad hacia el interior de mi coche.

No me molesté demasiado. Al fin y al cabo, Joyce era una mujer que llamaba la atención en cualquier lugar del mundo.

Pero mientras llenaba el tanque de mi automóvil, el hombre —un individuo moreno de unos treinta años— seguía mirando insistentemente hacia el interior del coche, lo que llegó a ponerme nervioso.

—¿Se ha cansado ya de mirar? —dije con brusquedad cuando retiró la manguera.

Dejé unos billetes en su mano, mientras el individuo murmuraba unas palabras de disculpa. Y, cosa extraña, me pareció que aquel hombre experimentaba temor.

Me encogí de hombros y volví al coche.

Joyce cubría la mitad derecha de su rostro con el caro bolso oscuro y no lo retiró hasta que volví a arrancar y nos alejamos.

—¿Enfurrñada? —bromeé—. ¿Qué quieres? Una mujer como tú siempre llama la atención. El empleado...

—Lo sé. Pero en mi situación, debo comportarme con cierta discreción. Ya sabes lo chismosa y entrometida que es la gente —respondió, nerviosa.

—Despreocúpate —la animé—. ¿Cómo puede saber ese tipo quién eres, en realidad?

Poco después estábamos en Tisani.

Joyce fue serenándose a medida que el excelente vino blanco hizo su efecto.

Se mostraba locuaz, agradable e incluso chistosa.

Después de la cena, deliciosa y ligera, pasamos a la pista de baile y danzamos, estrechamente abrazados.

—¡Mark! —exclamó ella, de repente—. ¿Es que no me escuchas?

Sus ojos verdes brillaban, rabiosos. Pero tenía razón: yo estaba absolutamente distraído pensando en la expresión de terror que había visto plasmada en el rostro del empleado de la estación de servicio.

—Perdóname, Joyce —me excusé, forzando una sonrisa—. Pero aquí, íntimamente abrazado a ti, me siento transportado al paraíso. No debe extrañarte que mi mente esté en blanco: ¡eres fascinante!

También ella sonrió, halagada. Pero era evidente que no se sentía muy segura de sí misma aquella noche, puesto que poco antes de las doce me pidió con voz cansada:

—¿Quieres llevarme a casa, Mark? Lo siento, pero este horrible dolor de cabeza me impide seguir aquí. Por favor, salgamos.

Accedí inmediatamente. Abandonamos el discreto restaurante y volvimos a Marina City.

En el ascensor volví a abrazarla y la besé. Pero ella no me correspondió con la misma fogosidad que unas horas antes.

Ante la puerta de su apartamento, me despidió con un gesto dolorido.

—Lo comprendes, ¿verdad? Con este tremendo dolor de cabeza, nada sería igual. Te llamaré mañana, Mark.

En verdad, por mucho que me excitase la idea de pasar la noche en compañía de la señora Morgan, había algo que me atraía mucho más.

Pronuncié unas palabras de despedida y descendí en el ascensor.

Entré en mi coche, arranqué y conduje directamente hasta alcanzar Cermak Road.

Poco después me detenía en la estación de servicio.

El mismo empleado que había demostrado tanta curiosidad hacia Joyce Morgan, vino hacia el coche, seguido de un formidable pastor alemán que pesaría al menos setenta kilos.

No bajé del coche. Pero en cuanto el hombre me reconoció en la penumbra, retrocedió espantado.

—¿Qué le ocurre? —exclamó—. Vamos, tranquilícese, hombre. No pienso atracarle, puede creerlo.

—¿Qué... qué pretende? —tartamudeó, volviéndose a echar un vistazo a la cabina, a través de cuyos cristales podía contemplarse la silueta de otra persona, probablemente otro de los empleados de la gasolinera.

—Sólo quiero charlar con usted durante unos minutos. No tema. Le daré algún dinero a cambio de su información —ofrecí.

Saqué un fajo de billetes y empecé a contar alguno, sonriendo para infundirle confianza.

Tal vez fue el color del dinero, que siempre obra milagros, o mi actitud amistosa, el caso es que el empleado se acercó despacio hasta quedar a un metro de distancia del coche.

Puse en sus manos cinco billetes de diez dólares, que el hombre conservó en la mano izquierda.

—¿Conoce a la mujer que venía conmigo hace un par de horas? —preguté.

El hombre movió negativamente la cabeza. Pero algo en su actitud temerosa me hizo comprender que mentía.

—¿Es usted... policía? —inquirió, a su vez.

Solté una carcajada.

—Claro que no —respondí—. Pero me intrigó su actitud hacia la señora Morgan.

—¡Luego no me había equivocado! —exclamó el empleado, muy nervioso—. ¡Era ella!

—Bien, ¿y qué? Tiene que explicarse, le he pagado para ello —insistí.

Tuve que poner en su mano otro puñado de billetes para conseguir soltar su lengua.

Me explicó que aquella mujer, Joyce Morgan, se había detenido cinco días atrás en la estación de servicio para repostar su coche.

—Por curiosidad, eché un vistazo a la parte trasera del coche. Vi

un bulto sobre el piso... Parecía un cuerpo humano, cubierto con un lujoso abrigo de visón.

Un pico del abrigo se había resbalado y el hombre contempló un rostro varonil, demacrado y pálido.

—Me asusté tanto que la mujer debió advertirlo, porque dejó caer unos billetes y arrancó.

—¿Piensa que era un... cadáver? —pregunté. Sentía mi garganta súbitamente seca.

—No. En principio pensé que aquel hombre estaba borracho o enfermo y que por eso lo llevaban cubierto con el abrigo de visón. Pero luego pensé que a un enfermo se le lleva sobre el asiento y no sobre el piso del coche. Sin embargo, tal vez me hubiera olvidado pronto de ello de no ser por...

—¿Por qué? —pregunté con ansiedad.

Al día siguiente, la Prensa y la televisión dieron la noticia del hallazgo del cadáver del teniente Morgan. No puedo asegurar que el rostro del cadáver sobre el piso del coche fuese el de Morgan, porque el interior estaba en penumbras, pero si se tiene en cuenta que el cadáver del policía fue encontrado en una alcantarilla situada en una callejuela que apenas dista doscientos metros de aquí...

Quedé aterrado ante tal revelación.

Tal como pensaba aquel hombre, los datos eran demasiado coincidentes para no sospechar que Joyce había asesinado a su esposo.

—¿Por qué no denunció sus sospechas a la policía? —le pregunté.

—Tuve miedo. Además... yo no estaba seguro de que el hombre que viajaba en el coche de esa mujer estuviese muerto, ni siquiera conocía a la señora Morgan, ¿comprende?

—Comprendo —asentí.

—Y usted, ¿qué piensa hacer ahora? —inquirió, aterrado.

—Nada —decidí, tras una breve reflexión—. Y creo que tampoco usted debe hablar de esto hasta que yo no le avise de nuevo. ¿Mantendrá silencio?

—¡Qué remedio! —exclamó, sombrío.

Arranqué y aceleré, dispuesto a dar la vuelta en la próxima travesía.

A unos cien metros de distancia me pareció escuchar unas detonaciones lejanas.

Miré por el espejo retrovisor, pero nada pude ver, por lo que seguí adelante.

La Prensa del día siguiente mostraba en las primeras páginas de todos los diarios la fotografía de Peter Sheridan, un empleado de gasolinera que había sido acribillado a balazos en la estación de servicio de Cermak Road en las primeras horas de la madrugada.

¿Motivo? Según los diarios, uno de tantos atracos a las gasolineras, con víctima, además.

Pero yo sabía muy bien que Sheridan había sido asesinado por causa muy diferente a la del atraco.

CAPÍTULO IX

Pasé la mañana siguiente en la oficina de Jerry Burns, quien consumió tres horas en darme una somera explicación sobre mi cometido.

Yo me sentía como sobre ascuas, ansioso por mantener una entrevista con Joyce Morgan. Y no hay que insistir en que yo esperaba obtener de la bella Joyce muchas y sustanciosas explicaciones.

Sin embargo, no tuve más remedio que calmar mi ansiedad y fingir que atendía con interés las explicaciones de Jerry Burns.

Hacia las doce y media de la mañana, interrumpió su disertación para decirme:

—Puede ir a almorzar, Mark. Sin embargo, esta tarde necesitaré que me acompañe en mi viaje a Rockford.

Disimulé como pude mi decepción, puesto que yo esperaba tener la tarde libre.

—Desde luego, señor Burns —asentí.

—Se trata de una operación importante. Queremos recuperar un paquete de acciones de la Midwest Electronics, en poder de un individuo llamado Quayle. Afortunadamente, Quayle atraviesa un mal momento económico y está dispuesto a vender sus acciones hoy mismo. En metálico, naturalmente.

—Bien, ¿qué debo hacer?

—Se trata de una cifra importante: cien mil dólares. De ahí mi interés en que me acompañe. Con usted, me sentiré más seguro transportando esa cifra hasta Rockford, Mark. Vuelva aquí a las cuatro.

—De acuerdo, señor Burns —respondí, dispuesto ya a marcharme.

Burns me detuvo en la puerta.

—Un momento, Mark. Se me acaba de ocurrir una idea. A fin de ganar tiempo, usted mismo se encargará de recoger el dinero de esta caja. Hay un maletín en ese mueble, de modo que...

Me anotó la combinación de la caja y me advirtió que él me aguardaría en su coche, en el aparcamiento subterráneo.

—Creo... creo que me demuestra excesiva confianza, señor Burns —dije, un tanto sobresaltado—. ¿No teme que pueda huir con el dinero?

Sonrió amistosamente.

—Si usted tuviera esas intenciones, ni siquiera hubiera mencionado el asunto, Mark. Por otra parte, aunque acaba de salir de la cárcel, los antecedentes que poseo acerca de usted son limpios. Es decir, confío en usted. Y ahora, márchese a almorzar, Mark. Nos esperan casi cuatrocientos kilómetros entre ida y vuelta a Rockford.

Pronuncié unas palabras de agradecimiento por su confianza en mí y me despedí.

Mientras almorzaba en un *snack* próximo, algo runruneaba en mi mente que no me dejaba tranquilo.

¿A qué venía depositar tanta confianza en mí? ¿Se trataba de una trampa que William Armory me tendía sutilmente, para tenerme a su merced después?

Analiqué detenidamente el asunto. Y debo reconocer que no encontré nada sospechoso en el trabajo que Jerry Burns acababa de confiarme.

Tal vez debiera telefonear al gobernador Balsam y tenerle al tanto del asunto. Pero sabía que Bob estaba normalmente demasiado ocupado como para que yo pudiera permitirme distraerle con mis infantiles sospechas.

Me prometí andarme con pies de plomo. De momento había tomado la precaución de dejar mi coche en un garaje próximo y no en el aparcamiento subterráneo del edificio de Rush Street, como hubiera sido lo lógico.

Llamé a Carol por teléfono y le expliqué que no podríamos vernos esa noche, debido a mi viaje a Rockford.

—¿Cuándo volverás? —Creí notar una cierta ansiedad en su voz que me llegó al alma.

—Demasiado tarde, supongo. Ten en cuenta que hay unos ciento

cuarenta kilómetros de distancia a Rockford, sin contar con el tiempo que nos demoremos allí —respondí.

—De todas formas, llámame, Mark —me pidió.

—Así lo haré, Carol —le prometí.

Colgué, para volver a marcar a continuación el número de Sarah Hinsdale.

—¿Sarah? Mark Kasariam al habla —dije.

—¡Mark! Al fin... —gimió, muerta de ansiedad—. He estado esperando todo el día tu llamada.

Había bajado el tono de su voz a medida que iba explicándose.

—No quise llamarte al hotel, porque tengo la sospecha de que mi teléfono está intervenido —añadió.

—¿Y bien? ¿Qué ha sucedido? —quise saber.

—No quiero decírtelo por teléfono, pero se trata de algo sumamente importante, Mark. ¡Por favor, ven! Necesito hablar contigo o me volveré loca. ¿Vendrás?

Miré el reloj.

Me había distraído excesivamente durante el almuerzo, abstraído en mis pensamientos, y el tiempo había transcurrido raudamente: eran cerca de las dos y media de la tarde.

La casa de los Hinsdale estaba al otro extremo de la ciudad, lo que significaba que entre ida y vuelta tardaría casi dos horas, sin contar con el tiempo que Sarah me entretuviese en su casa.

Era imposible visitarla ahora, si quería cumplir con el encargo de Jerry Burns. Y así lo hice comprender a Sarah.

—Ya puedes imaginar cuánto lo siento. Sin embargo, iré a verte en cuanto pueda —afirmé.

No quise añadir nada más, temeroso, como ella, de que su teléfono estuviera intervenido.

Todavía pude escuchar los sollozos de Sarah antes de que yo colgase. Y su llanto se quedó grabado en mi corazón.

Volví a llamar a Carol. Se disponía a salir de casa, según me explicó, pero por fortuna desde la puerta había escuchado el zumbido del teléfono.

—¿De qué se trata? —quise saber.

—¿Tienes algún compromiso?

—Ninguno, a partir de las cinco.

—Bien, voy a pedirte un favor —y le hablé de Sarah Hinsdale—.

¿Te importaría acompañarla en su casa hasta que yo llegue? No te pediría esto si no estuviese seguro de que Sarah necesita desesperadamente la compañía de alguien que sepa confortarla y alentarla.

—Lo haré encantada, Mark. Cuenta conmigo —respondió.

—Eres una gran chica —dije con fervor. Y colgué, aunque con desgana.

A las cuatro de la tarde atravesé el vestíbulo del edificio de Rush Street donde estaban situadas las oficinas de la Midlewest Electronics.

Sólo había un vigilante, un individuo desconocido que me permitió entrar cuando le anuncié que era un empleado de míster Burns.

Tomé el ascensor y accedí a la planta octava. Los anchos pasillos estaban absolutamente desiertos.

Abrí con la llave que Burns me había facilitado, crucé el pasillo-despacho de su secretaria y penetré en el despacho de mi jefe.

En el centro de la cómoda habitación, dirigí una mirada recelosa a mi alrededor. Pero no vi nada sospechoso.

Entonces abrí el archivador metálico, saqué el maletín que Burns me había indicado y accioné la combinación de la caja de caudales, cuya puerta cedió silenciosa.

Noté que mi respiración se tomaba rápida y jadeante a la vista de los paquetes de dólares cuidadosamente ordenados en su interior.

—Al diablo, —gruñí, exasperado—. No estoy cometiendo ningún crimen.

Abrí el maletín y coloqué cuidadosamente los cien mil dólares en su interior. Tras lo cual cerré el arca de caudales e hice lo mismo con el maletín.

Me sentía enfurecido conmigo mismo por haber accedido tontamente a aquél encargo de Jerry Burns. ¿Es que aquélla tarea no podía haberla realizado él mismo en persona?

Salí. El pasillo estaba igualmente desierto y silencioso. Entré en el ascensor y pulsé el botón correspondiente a la planta sótano, donde Jerry Burns debía esperarme a bordo de su automóvil.

Sólo había dos automóviles en el amplísimo aparcamiento subterráneo.

Uno de ellos estaba ocupado. Sólo pude ver una silueta, pero supuse que se trataba de Burns.

Resueltamente me dirigí hacia allá.

Acababa de rodear una de las poderosas columnas de hormigón armado, cuando noté aquel soplo de aire sobre mi cuello.

Súbitamente me volví de un salto, en la seguridad de que alguien se encontraba a mi espalda y se disponía a atacarme.

Por desgracia, el golpe que iba dirigido a mi occipucio me alcanzó en la sien izquierda.

Creo que debieron utilizar una porra de plomo, porque el golpe fue tan contundente que mi vista se nubló y perdí toda noción de lo que estaba sucediendo a mí alrededor.

CAPÍTULO X

—Ya empieza a recuperarse —dijo alguien.

Abrí los ojos y me llevé una mano a mi dolorida cabeza.

Alguien me alzó bruscamente el rostro tomándome por la barbilla. Vi un rostro duro y cuadrado, unos ojillos negros que me miraban sin misericordia.

—¿Dónde está el dinero, dónde están los cien mil dólares? —preguntó mi interlocutor con violencia.

Aparté mis dedos de mis pegajosos cabellos, manchados de sangre y dejé que mis ojos vagasen por aquel rectángulo limitado por mamparas de madera y cristal traslúcido.

No había que ser una lumbrera para comprender que me encontraba en un clásico despacho policial. Y aquel hombre que me interrogaba debía ser un policía.

—¡Vamos, no te hagas el remolón! ¿Dónde está el dinero? —Tomó a bramar.

Miré a mi alrededor con expresión estúpida.

—No lo veo —respondí.

—Gracioso, ¿eh? —Gruñó el otro. Y soltó mi cabeza tan bruscamente que un ramalazo de dolor me obligó a cerrar los ojos —. No te valdrá de nada. Antes o después confesarás. La cámara de televisión te hará salir de dudas.

—¿Qué cámara? —pregunté.

—En el despacho de míster Burns hay siempre conectada una cámara en circuito cerrado, como prevención contra los robos. El propio míster Burns la dejó conectada cuando abandonó su despacho a la una del mediodía. De modo que dispondrás a presenciar tu propia actuación como experto en arcas de caudales, figura.

Lo comprendí todo en una décima de segundo. Entendí

perfectamente la treta mediante la cual Burns —o Armory— habían intentado deshacerse lindamente de mí.

«Burns negará conocerme», pensé.

Pero se equivocaba. Diez minutos después Jerry Burns penetraba en el despacho del teniente Laughton.

—¿Trae la grabación en video? —preguntó enseguida el policía.

—Así es. ¿Disponen de algún televisor acondicionado para videocasete? Si es así, en pocos minutos sabremos todo lo que ocurrió en mi despacho.

—Tenemos todo lo necesario, pero antes dígame, señor Burns, ¿conoce a este hombre...? —quiso saber Laughton.

Burns, que había fingido ignorarme, me miró, simulando curiosidad.

—Sí... Ahora lo recuerdo. Estuvo en mi despacho. Pretendía ofrecirme cierta patente de un invento suyo. Era una majadería, según pude comprobar. Le despedí, indignado, naturalmente —declaró Burns con todo cinismo.

—Y supongo que usted cometería la imprudencia de abrir la caja de caudales en su presencia —sugirió el teniente con dureza.

—Déjeme recordar... Sí, creo que abrí la caja. Fue una imprudencia por mi parte, pero este hombre me pareció un... estúpido y ni se me ocurrió sospechar de él.

—Está claro —gruñó Laughton, en el tono de quien acaba de hacer un descubrimiento trascendental—. Kasariam tomó nota de la comunicación para volver en momento propicio y desvalijar la caja. Ahora sólo falta saber dónde escondió el dinero.

Por un momento dudé entre echarme a llorar o lanzarme sobre Jerry Burns y estrangularle entre mis manos.

Pero ninguna de las dos soluciones serviría para mejorar mi situación.

Por otra parte, comprendía que vistas las cosas, de nada valdría protestar inocencia ante Laughton, ni explicarle los acontecimientos tal como se habían producido.

Entendí que sólo me interesaba una cosa, por el momento, escapar.

Para ello tendría que hacer alarde de serenidad y de cinismo.

Lentamente me puse en pie. Miré a Laughton y dije:

—No vale quebrarse la cabeza, teniente. Sé dónde está el dinero.

Burns me miró, incrédulo.

Sin embargo, Laughton sonrió como pudiera hacerlo una hiena a la que el león cede graciosamente su presa.

—Ajá, eso está mejor. ¿Dónde lo escondiste? —rugió.

—Distribuí los paquetes en varios de los alojamientos para cisternas en Los servicios higiénicos del aparcamiento subterráneo —mentí con tranquilo desparpajo.

Laughton dispuso que les acompañase al edificio de la calle Rush.

También Burns se avino a acompañarnos en otro coche, previa invitación del teniente Laughton, que parecía ebrio de felicidad.

A mí me encajonaron entre dos policías de aspecto rudo, mientras el teniente ocupaba el asiento delantero, a la derecha del conductor.

El coche abandonó la comisaría y partió a través de la ciudad haciendo sonar su sirena, lo que me obligó a sonreír.

Detrás venía el coche de Burns, rodando a toda velocidad.

Me pregunté qué buscaba Burns —y, por tanto, William Armory —comprometiéndome deslealmente en ese asunto.

¿Una venganza quizá, en vista de lo que yo había hecho posible, años atrás, el triunfo de Robert Balsam?

Veinte minutos después el coche policial penetraba en el aparcamiento subterráneo.

Me hicieron descender del auto sin mucha delicadeza y los dos «polis» me llevaron a la presencia de Laughton, en el momento en que el automóvil de Burns penetraba en el sótano.

—Indícanos el camino —rugió Laughton—. Y ten en cuenta que dispararemos sobre ti si tratas de engañarnos.

—¿Cómo puedo engañarles? —gemí, quejumbroso—. Usted me tiene bien cogido, teniente.

Crucé el aparcamiento, en dirección a la puerta situada al otro extremo sobre la que un rótulo plástico indicaba: «SERVICIOS».

Apreté el paso de forma que Logré distanciarme un par de metros de los policías que me seguían.

Ya junto a la puerta, Laughton se precipitó sobre mí. Pero yo di un salto, empujé la hoja y se la estampé en su porruda nariz. Tras lo cual, eché rápidamente el cerrojo.

Una veloz carrera me llevó hasta el departamento de duchas.

Allí, sólo tuve que abrir la ventana dotada de cristales esmerilados y... saltar al patio de luces del edificio.

Atravesé en pocas zancadas el patio, empujé la puerta de los servicios de calefacción y tras subir una escalera me encontré en el vestíbulo principal.

El vigilante que estaba tras la mesita se volvió al escuchar el rumor de mis pasos. Pero cuando quiso ponerse en pie era tarde: mi puño se aplastó contra su nariz y le derribó de espaldas.

No lejos de allí —es de suponer que en el mismo aparcamiento subterráneo— se dejó escuchar el alarido de una sirena.

Tranquilamente atravesé la calle y caminé con paso medurado, mezclándome con los numerosos viandantes.

Incluso me detuve un momento para ver salir disparado del sótano el coche del teniente Laughton, que debía estar dándose ya a todos los diablos.

Por mi parte, en cuanto el automóvil policial se perdió de vista, di media vuelta, penetré en el garaje público y recogí mi coche.

Apreté el acelerador y me alejé cuanto pude de Rush Street. Al fin, pude respirar a mis anchas, satisfecho por haber escapado a las garras del teniente Laughton.

Sin embargo, debía reconocer que mi situación no era muy halagüeña. Para la policía, ya no era sino un delincuente peligroso.

Se me buscaría a lo largo y lo ancho de la ciudad. Y si me detenían... Bien, volvería a Joliet, por unos cuantos años más.

Pensando en ello, mis dientes rechinaron de cólera.

—No volveré a la prisión —murmuré, decidido.

Cuando logré reaccionar, el coche rodaba ya a lo largo de Erie Street.

Él anochecer estaba próximo. ¿Qué me depararían las próximas horas?

Era evidente que no podría volver al hotel, ni hospedarme en ningún otro. En realidad, no me quedaba otra salida viable que procurar abandonar la ciudad y perderme por esas carreteras de Dios.

Fue entonces cuando recordé a Carol. Y como un recuerdo lleva al otro, recordé igualmente a Sarah Hinsdale y su ansiedad por entrevistarse conmigo.

No me separaba mucha distancia del domicilio de los Hinsdale,

pero preferí aguardar a que se hiciera totalmente de noche.

Así pues, estacioné el coche en una vía transversal a Erie Street y fumé ansiosamente unos cuantos cigarrillos.

Sentí arder en mi interior un odio profundo hacia Armory y hacia Burns. Nunca había sentido la menor simpatía hacia el todopoderoso millonario, pero ahora mi rencor hacia él se acrecentaba en mi pecho.

¿Qué oscuros, tortuosos sentimientos le habían impulsado a buscar mi perdición? Yo nunca le había dañado directamente, sólo había luchado lealmente para inclinar los votos a favor de Balsam.

Por supuesto, que no podría recurrir al gobernador de allí en adelante. Por poderosa que fuese la amistad de Bob hacia mí, era sensato que no arriesgase su reelección para ayudarme en mi triste situación.

Esperé dentro de mi coche hasta las nueve de la noche. Entonces puse en marcha el automóvil y conduje despacio hacia la residencia de los periodistas.

No estacioné el vehículo ante la villa de los Hinsdale. Por el contraria, penetré a lo largo de una avenida posterior, casi en penumbras.

Atravesé un parque infantil, me golpeé las espinillas contra una pequeña verja y, aguantando las maldiciones para mejor ocasión, penetré en el pequeño jardín posterior de los Hinsdale.

Llevaba en mi bolsillo la pistola «Colt» que arrebatara a Carol Davis.

Lo había pensado mucho antes de tomar el arma. Había sopesado los pros y los contras y finalmente decidí que mi situación no me permitía andarme por las ramas.

Me encontraba involucrado en un asunto sucio, pestilente, y muy peligroso. Si llegaba el momento, al menos podría defenderme. Había desmontado el arma y comprobado que disponía de ocho proyectiles y se encontraba en buenas condiciones de funcionamiento.

Oculto, pues, detrás de un macizo suficientemente alto, atisé hacia la casa de los Hinsdale.

Había luz en el ventanal de la cocina, pero los visillos no permitían ver nada.

Al fin, me acerqué y golpeé suavemente la puerta de la cocina.

Fue Carol la que abrió la puerta. Detrás de ella, aguardaba una asustada y acongojada Sarah Hinsdale.

—¡Dios santo! —gimió la infeliz—. ¡Temí... temí que fueran «ellos»!

—Vamos adentro y no perdamos tiempo aquí —indicó.

Carol me tomó, trémula, por una mano y me condujo hasta el interior.

Explicué a las dos mujeres el motivo de haber preferido el acceso del jardín posterior: mi temor de que la fachada anterior de la casa estuviera vigilada por la policía o por otras personas.

—Y ahora, explícame la causa de que quisieras verme con tanta urgencia —rogué.

Sentí compasión al contemplar su rostro demacrado y pálido, sus profundas ojeras y sus manos temblorosas.

—Vino un hombre esta mañana. Era un tipo malencarado, vestido de forma vulgar, pero alto y robusto como un luchador. Mantenía una actitud recelosa, desconfiada, y me preguntó si disponía de mil dólares. Cuando notó mi alarma, se apresuró a tranquilizarme. Dijo que no era un atracador, pero que si le daba los mil dólares, me entregaría un mensaje de mi esposo.

—¿Qué hiciste?

—Estaba aterrada, pero conseguí dominar mis nervios y leer la nota que el individuo me entregó. Estaba escrita sobre un forro de un paquete de cigarrillos. Indudablemente la letra era de Ted —afirmó.

—Enséñame esa nota —exigí, ansioso.

—No puedo —respondió Sarah, que parecía sumamente fatigada, vencida por las emociones—. Ese hombre quemó los tres pedazos de papel en que Ted había escrito su mensaje.

—¡Pero supongo que puedes recordar su contenido! —Casi grité, muy excitado.

—No podría olvidar una sola palabra, Mark. La primera nota decía:

«Querida Sally: He prometido a este hombre mil dólares a cambio de su ayuda. Dáselos y él te entregará otra información. Ted».

—Supongo que le diste el dinero...

—No tenía suficiente, por lo que tuve que sacar ochocientos dólares del Banco. Ese hombre aguardó sentado en un banco del jardín. Cuando le entregué los mil dólares, me dio a cambio dos pequeñas notas, escritas igualmente sobre forros de cigarrillos.

—¿Qué decían? —pregunté, cada vez más excitado.

—En la primera Ted aseguraba: «Me encuentro en una Clínica Psiquiátrica, posiblemente privada, situada en una pequeña localidad llamada Goldton, estado de Wisconsin. Me apresaron y contra mi voluntad me han internado aquí. Han empezado a inyectarme drogas que me provocan tremendas alucinaciones y...».

La voz de Sarah Hinsdale se rompió en un sollozo desgarrador. Carol, compadecida, la abrazó y pronunció en su oído algunas palabras de consuelo que consiguieron serenarla un tanto.

No quise forzarla a continuar hablando hasta que ella misma decidió hacerlo.

—Ted añadía: «... y temo que están tratando de volverme loco».

—Pero... ¡Dios santo! ¿Por qué? —preguntó Carol, profundamente impresionada.

—Leí la tercera nota —prosiguió Sarah, cuyos ojos estaban cubiertos de lágrimas—. Decía:

«No puedo extenderme en explicaciones, pero necesito tu ayuda, querida Sarah. No recurras a la policía, ni a ninguna otra persona, a no ser algún amigo de absoluta confianza. Ve a ver enseguida al fiscal general. Mister Carmody me conoce y sé que te atenderá. Hazlo ahora mismo o...».

—¡Sigue! —La animé.

—No había más. Se diría que Ted tuvo que dejar de escribir bruscamente, ante la presencia próxima de alguna persona. Eso es todo, Mark.

Reflexioné unos instantes, consciente de la extrema gravedad de la situación, sobre todo para Ted Hinsdale.

—¿Lo has hecho, Sarah? Quiero decir si has ido a hablar con el fiscal —pregunté al cabo.

—No. Me sentía deshecha y no fui capaz de reaccionar. Además... quería escuchar tus consejos, Mark. Tú eres un hombre sensato, seguro de ti mismo. ¡Dime! ¿Qué debo hacer? —sollozó.

—Calma, Sarah. Arreglaremos todo esto. Dime: ese hombre ¿te dijo su nombre? Me refiero al tipo al que le entregaste los mil dólares.

—No quiso identificarse. Dijo que era un enfermero y que se exponía mucho viniendo aquí, pero que necesitaba el dinero. Me obligó a devolverle las tres notas y las quemó sobre un cenicero. Sin embargo...

—¿Qué?

—Una de las cámaras de Ted estaba en el salón. Cuando ese individuo salió de esta casa, tomó la cámara y le fotografié varias veces a través del ventanal que da a la calle...

—¡Bien por ti, Sarah! —alabé, esperanzado—. Ahora sólo hace falta que la película no se haya velado. Creo que empezamos a caminar sobre terreno seguro.

—¿Qué te propones, Mark? —preguntó Sarah, expectante.

—Voy a viajar hasta Goldton y a traer a Ted, aunque me deje el pellejo a tiras allí. Si Armory, como pienso, es culpable, pagará con su cabeza por todos los crímenes cometidos. Pero ahora vamos a salir de aquí, Sarah. Carol, ¿tendrías inconveniente en dar alojamiento a Sarah por algunos días? —pregunté.

—De mil amores —respondió la jovencita fogosamente.

—Pero, Mark, ¡yo no puedo abandonar mi casa...! —protestó Sarah—. Ted podría necesitar me y el niño...

—No ayudarás a ninguno de los dos aunque permanezcas aquí. Prefiero que estés en lugar seguro, con La protección de Carol. Ella cuidará de ti.

—Está bien. Confío en ti, Mark —se avino.

—En tal caso, recoge lo más imprescindible. Dame la cámara. Yo me encargaré de revelar la película. Vamos, no nos entretengamos. Algo me dice que este lugar va a ser muy vigilado en las próximas horas.

Poco después abandonábamos la villa, utilizando el mismo camino que yo había empleado. Es decir, el Jardín posterior.

Mi presentimiento se cumplió apenas irnos minutos después.

No habíamos hecho más que saltar la verja de hierro y

cruzábamos ya el pequeño parque infantil es sombras, cuando escuchamos a nuestra espalda el chirrido desagradable de unos frenos.

—¡No os detengáis! —Advertí—. ¡Seguid! Mi coche está a un paso.

Me retrasé un tanto y observé lo que ocurría detrás.

Dos coches se habían detenido ante la fachada de la villa de los Hinsdale. Cuatro hombres penetraron inmediatamente en la casa. No vestían de uniforme, por lo que descarté enseguida que fueran policías.

Transcurrieron algunos segundos. De repente se oyó una explosión tremenda que destrozó los cristales de la bonita vivienda de los Hinsdale. Por los huecos de las ventanas brotaron inmediatamente gigantescas llamaradas que envolvieron en un abrazo ígneo la construcción.

CAPÍTULO XI

—¿Lo vio ella? —pregunté a Carol.

Sarah gemía desesperadamente entre los brazos de Carol.

—Sí, lo ha visto todo. Me imagino su estado de ánimo después de contemplar su hogar deshecho. Pero creo que ahora es más importante alejarnos de aquí, Mark. Mi casa está situada cerca de Oak Park.

—Tienes razón —asentí—. Larguémonos.

Arranqué con las luces apagadas y conduje despacio junto al bosqucillo que rodeaba el barrio residencial hasta que al fin llegamos a Erie Street.

El apartamento de Carol estaba situado en una calle próxima a Oak Park, una vía apenas transitada, muy discreta.

La vivienda no era muy espaciosa, pero estaba cuidadosamente decorada, y respiraba paz.

Tuvimos que buscar un sedante para la pobre Sarah, que se debatía presa de una crisis nerviosa aguda.

Entre Carol y yo la llevamos a la cama y al fin los sedantes surtieron su efecto y la esposa de Ted Hinsdale se quedó dormida.

—¿Y ahora? —preguntó Carol en un susurro, cuando salimos de la alcoba.

—Voy a tratar de que me revelen las fotos esta misma noche. No podemos esperar hasta mañana —dije.

—Pero... lo más prudente sería que yo misma hablase con míster Carmody. El conseguiría...

—No estoy seguro del éxito de esa gestión, Carol —dije, con tono grave—. Estoy seguro de que el fiscal se daría prisa en ordenar una investigación oficial en esa clínica, psiquiátrica de Goldton, pero también sería posible que Ted fuera escamoteado antes de que

los agentes registraran la clínica. Por otra parte, yo me encuentro en una situación peligrosa.

Le conté cuanto había ocurrido desde que la llamase en el *snack* poco después de almorzar, incluida mi fuga desde el aparcamiento subterráneo.

—Comprenderás que no tengo sitio donde ocultarme —añadí—. Si me detuviesen, ya sabes lo que podría ocurrirle a Ted...

—Puedes esconderte aquí —dijo con una sonrisa ingenua.

—Eres un ángel —respondí emocionado—. Pero creo que mi plan es mejor, aunque más arriesgado.

—Todavía no sé qué es lo que te propones exactamente.

—Tom Dodley trabaja por las noches en el Chicago Standard. Le pediré que me revele las fotografías que Sarah hizo al enfermero. Con ellas, conseguiré identificar a ese individuo y sé cómo presionarle para conseguir que me facilite la entrada en el centro psiquiátrico de Goldton. Algo me dice que si consigo rescatar a Ted Hinsdale sabré muchas cosas que hasta ahora sólo supusieron otros tantos misterios para mí.

—Pera, Mark, todo eso es sumamente arriesgado. ¡Si te ocurriera algo en Goldton...! —murmuró, estremecida.

Quedé en suspenso, contemplando sus ojos claros, brillantes y tiernos.

—¿Tanto te intereso? Al fin y al cabo, sólo soy un ex presidiario y un delincuente buscado por la policía —dije, con un poco de amargura.

—Un hombre tan noble y generoso como tú no puede ser un asesino ni un delincuente, Mark. Estoy firmemente segura de ello —afirmó con calor.

Acaricié sus mejillas, tan tersas como las de un niño.

—Ojalá otros tuvieran tanta fe en mí como demuestras tú, pequeña —dije dominado por la emoción—. Pero no perdamos el tiempo. Voy a marcharme, Carol. Creo que estaré aquí antes de cuarenta y ocho horas. Si no volviese... Bien, creo que sería aconsejable que hablaras con el fiscal, míster Carmody.

Ella se estremeció entre mis brazos, pero yo me apresuré a separarme de ella, temeroso de que los sentimientos que ambos experimentábamos dieran lugar a otras complicaciones, peligrosas en tales circunstancias.

—Vuelve, Mark —susurró ella. Y me acompañó hasta la puerta.

* * *

No había resultado fácil el viaje hasta la pequeña localidad de Wisconsin llamada Goldton.

No era prudente por mi parte transitar por las carreteras de primer orden sabiendo que la policía me buscaba, por lo que se imponía hallar un medio de transporte más seguro.

Por otra parte, no podía prescindir de mi automóvil, si quería afrontar mi aventura de rescatar a Hinsdale con ciertas probabilidades de éxito, sobre todo si Ted no se encontraba en situación de caminar.

A las tres de la madrugada, Tom Dodley bajó a la calle —donde yo aguardaba acurrucado en mi coche— y me entregó las fotos recién reveladas.

—¿Algo más, Mark? —preguntó, sonriente. Sin embargo, Tom apenas podía disimular su preocupación.

—Sólo eso, Tom. Eres un gran muchacho. Escucha, estoy pensando que a cambio de tu ayuda voy a entregarte la exclusiva sobre el asunto más escandaloso del siglo en esta ciudad.

—¿A qué te refieres? —Enseguida trató de sonsacarme, pero yo le di una palmadita en el hombro y me alejé de allí.

Las copias fotográficas eran muy buenas. Habían sido hechas a plena luz del día y la cámara de un profesional como Ted era de primera calidad, lo que explicaba todo.

En dos de ellas, se veía al individuo de perfil, lo que no permitiría identificarle fácilmente.

Por fortuna, en la tercera que pude ver, el tipo se había vuelto, desconfiado, hacia la puerta de la casa y Sarah había conseguido tomar una excelente fotografía de su cara.

Como atestiguara Sarah, era un individuo de desagradable catadura, con grandes entradas, nariz porruda y facciones angulosas.

En cualquier caso, aquellas fotos me permitirían identificar al hombre que me interesaba.

En cuanto al viaje hasta Goldton... acababa de ocurrírseme una idea.

A las cuatro de la madrugada me encontraba yo en la terminal de carga de camiones de Bending Cross.

Deambulé sin prisas por los muelles hasta detenerme junto a un gran tráiler capitoné que parecía prepararse para emprender la marcha.

Su conductor no parecía del mejor humor precisamente, pero aún así me acerqué a él y le ofrecí un cigarrillo.

Sonsacándole hábilmente, conseguí saber que él y su ayudante tendrían que volver a Detroit aquella misma madrugada, de vacío.

—Es culpa de ese borracho de Culper. Me prometió una carga de aparatos electrodomésticos. El maldito Culper se ha emborrachado y la agencia ha concedido la carga a otro camionero —me dijo, furioso.

Cuando escuché la palabra Detroit me puse alerta.

—¿Detroit? ¿No queda en esa ruta una pequeña población llamada Goldton? —quise asegurarme.

—Así es. Pero...

—Es usted un hombre de suerte, amigo. Llevará carga en su viaje, por lo menos hasta Goldton. Mi coche tiene una biela fundida y yo poseo un pequeño taller mecánico en Goldton.

—¿Quiere decir que va a llevarse el coche hasta Goldton? Eso le costará... no menos de seiscientos dólares, amigo.

—Trato hecho. Prefiero gastar el dinero en el viaje a dejar el coche en algún taller de esta maldita ciudad. ¿De acuerdo?

—Magnífico. Espere un momento, voy a buscar a mi ayudante —respondió.

Se alejó para volver pocos minutos después en compañía de un mestizo tan robusto como él.

En pocos minutos sacaron los carriles y los colocaron a la trasera del capitoné.

Como mi automóvil tenía fundida una biela, fue preciso empujarlo hasta penetrar en el ancho alojamiento.

Antes de partir, hablé un instante con el conductor.

—Me caigo de sueño —le dije, aunque sabía que no podría pegar un ojo hasta llegar a Goldton—. Creo que lo mejor será que descabece un sueñecito dentro de mi coche. Así ustedes podrán utilizar la litera de la cabina.

—Oiga, eso está prohibido. Nadie puede viajar dentro del

capitoné —protestó el conductor.

Su ayudante bostezó ruidosamente.

—¿Y quién va a saberlo? Vamos, Dan, este señor tiene razón. Yo mismo estoy molido. Podremos dormir un rato cada uno y en paz.

El conductor se encogió de hombros.

—Está bien, suba. Yo también tengo ganas de abandonar esta piojosa ciudad cuanto antes —resolvió.

Subí y me introduje en mi coche. Detrás de mí se cerraron las puertas del larguísimo capitoné.

Poco después, sentí que el camión se ponía en marcha. Fueron tres aburridísimas horas de viaje en medio de las tinieblas, hasta que el vehículo frenó y las puertas del capitoné se abrieron de nuevo.

Miré el reloj: eran las siete de la mañana, pero el cielo estaba oscuro aún y soplaban un viento helado.

Mi coche fue bajado del camión sobre los carriles. Pagué al conductor, le deseé un buen viaje y esperé hasta que el camión se perdió en la oscuridad.

En los pocos minutos que permanecí en el exterior, mis pies y mis manos se quedaron helados.

A lo lejos vi brillar una luz fluorescente. Parecía el anuncio luminoso de algún bar o restaurante de carretera, por lo que me introduje en el coche, puse el motor en marcha tras varias arrancadas y me dirigí hacia allí.

Era un bar, en efecto, posiblemente el único de la localidad, y estaba abierto. Dentro, media docena de personas, todavía adormiladas, consumían en silencio bebidas calientes.

Pedí un café doble muy caliente y me abrasé la lengua al ingerirlo. Pero tan pronto mi organismo reaccionó y me sentí confortado.

Aguardé allí hasta que se hizo de día. Tres copas de coñac me infundieron suficientes calorías como para aventurarme a salir al exterior.

Sin embargo, esperé todavía hasta que el bar quedó semidesierto. Sólo entonces me decidí a pedir información a la mujer de mediana edad que atendía el negocio.

—¿La Clínica Psiquiátrica Gardner? Sólo tiene que atravesar el pueblo. Encontrará un camino que conduce allá. No tiene pérdida:

la clínica está situada sobre un promontorio.

Pagué y añadí un dólar de propina. La mujer me observaba con curiosidad.

—¿Va a visitar a algún familiar? —me preguntó al fin, sin poderse contener.

—Sí —respondí—. Se trata de mi esposa. ¿Sabe qué le ocurrió? Hacía preguntas, quería saberlo todo, cotilleaba constantemente. Me tenía harto con su eterna curiosidad. Y por fin, conseguí internarla en la clínica Gardner. Claro que sólo fue posible con la complicidad del director, como usted comprenderá. Ahora... ahora creo que está loca de verdad. Y apenas hace preguntas ya, ¿entiende?

La mujer soltó un bufido y se alejó hacia el otro extremo de la barra. Cuando salí del bar me siguió con la mirada. Indudablemente me consideraba un loco peligroso.

Volví a mi coche y atravesé la pequeña población. Tal como la mujer del bar me había informado, un camino muy cuidado llevaba hasta la clínica.

Una bruma fría y oscura brotaba del lago difuminando los relieves de la costa.

De pronto sopló el viento y divisé el promontorio. Un bosquecillo de pinos rodeaba los edificios de la clínica psiquiátrica.

Pero aquel lugar parecía inexpugnable, según pude comprobar cuando abandoné el camino y seguí hasta la orilla. El promontorio venía a ser como una pequeña península, cuyo perímetro estaba constituido por acantilados imposibles de escalar.

En definitiva: sólo existía un modo de introducirse allí: a través del camino que llevaba a la cancela de entrada. Una alta verja de hierro limitaba el centro psiquiátrico.

De regreso a Goldton, sentí la tentación de mostrar mis fotos a la primera persona que encontrase. Con ello conseguiría encontrar rápidamente a la persona que me interesaba.

No lo hice, sin embargo. En los pueblos, y más en el diminuto Goldton, las noticias circulan con rapidez y a mí no me interesaba poner en guardia al enfermero que había llevado el extraño mensaje a Sarah Hinsdale.

Había una forma de identificar a aquel hombre: apostarse a la entrada de la clínica y controlar a todos los que entraran o salieran.

Pero ello solo serviría para hacerme sospechoso.

Aquello me animó a penetrar en el único almacén de Goldton, situado en la carretera, y adquirir unos prismáticos.

Compré también algunos botes de conserva y unas Litas de cerveza. Provisto de todo aquello, me aposté con mi coche en las últimas casas de la población y me dispuse a vigilar a toda alma viviente que se dirigiese al promontorio.

A las diez pasó una ambulancia. A través de las lentes de mis prismáticos, vi a los dos hombres que ocupaban la cabina, pero ninguno de ellos era el individuo que me interesaba.

Entre las diez y las doce, una media docena de vehículos pasaron por el camino, en ambas direcciones. Pero no vi a mi hombre.

Fue pasado el mediodía citando un viejo «Ford» abollado pasó por el camino dando tumbos. Miré a través de los prismáticos y apenas pude aguantar un grito de alegría al reconocer al individuo de las fotos.

Por desgracia, se dirigía a la clínica del promontorio y no me pareció prudente seguirle hasta allá.

Sólo quedaba esperar. Y la espera se tornó aburrida y penosa. Transcurrió la tarde, fría y desapacible, y llegó la noche. En mitad de las tinieblas, aparecieron al fin las luces de unos faros.

No me costó gran esfuerzo reconocer el abollado «Ford», por lo que en cuanto el coche penetró en Goldton, me puse a su zaga.

El «Ford» atravesó la carretera y se detuvo ante el bar-restaurant que yo conocía. Había muchos camiones estacionados en la explanada y el negocio parecía más animado.

El hombre que se apeó del «Ford» era tan alto como yo, pero seguramente me aventajaría en treinta kilos de peso. Con pasos pesados, se dirigió al bar.

Le espí con los prismáticos. Le vi en la barra, donde se metió un doble de *whisky* entre pecho y espaldas sin respirar y luego se dirigió hacia una puerta velada por una cortina roja.

Aguardé una hora, dos. Aterido de frío ya, bajé de mi coche con una linterna en la mano y dirigí una ojeada al viejo «Ford».

El vehículo pertenecía a Fred Calley, según comprobé echando una ojeada a sus documentos, pues la portezuela estaba abierta.

Cerca de la una de la madrugada Calley salió del bar. Se

tambaleaba como un borracho y maldecía entre dientes.

El coche gimíó bajo su peso. Luego, Calley cerró de un portazo brutal.

Ya se disponía a dar al contacto, cuando apoyé el cañón de la «Colt» en su nuca.

A pesar de la amenaza del arma, el hombre se volvió, malhumorado. No tuve más remedio que someterle de un culatazo.

Cuando volvió en sí, me lanzó a la cara un eructo alcohólico y me miró, asustado.

—¿Quién diablos es usted? —Gruñó.

—La persona que va a llevarle de patitas a presidio por el resto de sus días, querido Calley —respondí mordiendo las palabras.

—¿Quién es usted? ¿Policía?

—Las preguntas las hago yo. ¿Cómo está Fred Hinsdale?

Un camión frenó a diez metros de nosotros. Sus faros me permitieron ver el más abyecto temor en las rudas facciones de Calley.

—Escuche —barbotó, tratando de incorporarse—. No voy a permitir fanfarronadas, ¿comprende? Supongo que usted, de alguna manera, está relacionado con Hinsdale, pero yo nada tengo que ver en el asunto.

—Pero usted sabe que él está en la clínica en contra de su voluntad, sabe que Ted está siendo sometido a un tratamiento que puede poner en peligro sus facultades mentales. Usted, Calley, tiene consciencia de que se está cometiendo un crimen y su obligación era denunciarlo. Pero ha callado y con eso se ha convertido en cómplice. Dígame, ¿para qué necesitaba el dinero que pidió a la señora Hinsdale?

—Me gusta jugar. Ahora mismo... acabo de perder doscientos, ¿comprende? Tenía deudas, de forma que cuando Hinsdale me propuso...

—Ya. Escuche, Calley, tiene dos alternativas: ganarse otros mil dólares, si me ayuda, o cumplir unos cuantos años de presidio. ¿Qué elige?

—Quiero ver los mil dólares —sus ojos relucían de codicia.

Saqué los diez billetes de cien y con un seco chasquido los dividí por la mitad.

—La mitad de mil dólares, Calley. Cuando esté seguro de que me

va a ayudar, le daré el resto —dije.

—¿Qué se propone, exactamente? —preguntó, mientras se guardaba los diez medios billetes.

Se lo expliqué detalladamente. Cuando terminé, Calley asintió.

—Lo haré, pero no podrá ser hasta mañana. Entro de servicio en la clínica a las dos de la tarde —me informó.

—Esperaré. ¿Cómo está Fred? —quise saber.

—Han vuelto a inyectarle. Le oí gritar como un loco, poco antes de abandonar la clínica. Y usted, ¿qué piensa hacer ahora?

—Dormiré con usted, Calley. No me apartaré un centímetro de su lado hasta que llegue el momento de entrar en acción —decidí.

De mala gana accedió. Vivía solo en un caserón semiderruido y tan sucio que daba náuseas.

Pero yo estaba dispuesto a superarlo todo con tal de recuperar a Ted Hinsdale.

CAPÍTULO XII

Dentro del maletero del viejo «Ford» de Calley, mis huesos crujían al compás de los chirridos del destartada automóvil.

Ni siquiera sé cómo un hombre de casi dos metros de estatura, como yo, fue capaz de plegarse para caber en el pequeño receptáculo, pero lo cierto es que Calley consiguió cerrar la tapa y que el coche se puso en marcha al fin.

Me había visto obligado a ocupar aquel incómodo cubículo, puesto que Calley me había informado que a la entrada de la clínica montaba guardia un vigilante que inspeccionaba todos los vehículos que llegaban al promontorio.

Había llegado a un acuerdo con Calley. Yo permanecería escondido en el garaje destinado a vehículos de la clínica y del personal hasta las diez de la noche, hora en que cumplían su jornada la mayoría de los empleados y los enfermos descansaban ya en sus celdas.

El trayecto hasta la clínica supuso una verdadera paliza para mí. El «Ford» de Calley, con los amortiguadores inútiles, saltaba, rebotaba y se agitaba como una barquichuela en medio de la tempestad.

Hubo una parada de apenas unos segundos. Luego el coche reanudó su marcha y poco después se detenía definitivamente.

Las ballestas chirriaron cuando Calley descendió. Al fin, la tapa del maletero se abrió y Calley apareció ante mis ojos.

—Puede salir. Pero deberá permanecer en los servicios, oculto, hasta que vuelva a buscarle hacia las diez —me indicó.

Aguardé hasta aquella hora en uno de los retretes. Incluso me atreví a fumar un par de cigarrillos. A las diez, algunas personas penetraron en el enorme garaje. Se oyó el rumor de los escapes y

calculé que unos ocho automóviles abandonaban el garaje.

Me sentía ya al borde de la paciencia, cuando alguien penetró en los servicios. Oí un siseo y luego la voz de Calley.

—Vamos, Kasariam, salga.

Me ofreció una bata blanca, que me puse sobre mi trenka. Al alcance de mi mano estaba la pistola «Colt» de Carol Davis y el contacto con el frío acero del arma me confirió un poco de seguridad.

Le seguí, en silencio, a través del amplio jardín entre los pinos. Calley abrió una puerta metálica y nos encontramos en un amplio pasillo con el característico aroma de los centros sanitarios.

—Chisst. Benson, el otro enfermero de vigilancia, está en su cabina. Si nos descubriese... —siseó Calley.

Torcimos a la izquierda y nos arrastramos a gatas por debajo de la cabina ocupada por Benson. Avanzamos por otro pasillo idéntico. A la izquierda y derecha se alineaban las puertas metálicas que conducían a otras tantas celdas.

Al fin, Calley se detuvo ante una de ellas y sacó una llave con la que abrió la puerta.

Entramos. Calley cerró a nuestra espalda. En la semipenumbra de la habitación advertí un bulto sobre la cama.

Calley rodeó el lecho y encendió una pequeña lámpara. A su resplandor, contemplé el demacrado rostro de Ted Hinsdale. Tenía los ojos abiertos, pero ni siquiera pestañeó cuando moví una mano ante él.

Sentí ganas de llorar al advertir su extremo estado de inconsciencia. ¿Para qué sujetaban al pobre Ted con una banda de cuero al pecho, si apenas podía moverse?

—¡Ted, Ted...! —susurré a su oído—. ¿Es que no me reconoces?

—No se esfuerce —siseó Calley—. No puede oírle. Escuche, amigo: Resultará imposible pasar a este hombre bajo las narices de Benson. Sólo tenemos una solución: descolgarle por la ventana al exterior.

—¿Y a qué esperamos...? —bramé. Y comencé a dividir en gruesas tiras la ropa de la cama de Hinsdale.

Fui yo el primero en descender por la improvisada escala. Luego, Calley pasó la cuerda bajo las axilas de Ted y lo hizo descender con cuidado.

—Apúrese —habían sido sus últimas instrucciones, antes de pedirme la otra mitad de los mil dólares—. En cuanto este hombre esté abajo, tendrá que vérselas usted solo. Diez minutos después, daré la alarma.

Abracé a Ted. Arriba se oyó el rumor de la ventana al cerrarse. Sin detenerme un instante, me cargué a Ted a la espalda y atravesé el jardín a la carrera en dirección al garaje.

Acomodé a Hinsdale en la gran ambulancia «Jeep» de la clínica y ocupé el puesto del conductor. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer: acelerar hacia la puerta de entrada y destrozar la puerta. Cualquier intento de engañar al vigilante sería inútil.

En cuanto divisé la verja, aceleré al máximo y di la luz larga. Un hombre salió de una cabina y me hizo señas de detenerme, pero al advertir la velocidad de la ambulancia, saltó a un lado, segundos antes de que el robusto paragolpes del vehículo acometiese a la puerta metálica.

Se oyó un crujido y la puerta saltó arrancada de sus goznes, al tiempo que el cristal parabrisas se hacía añicos, que saltaron sobre mi rostro.

A punto estuve de perder el gobierno de la ambulancia, pero giré el volante para enderezar la marcha y el vehículo rodó camino adelante, con un solo faro indemne.

Tres minutos después cruzaba Goldton y frenaba en la callejuela donde había dejado mi coche. Trasladé a Ted desde la ambulancia y salí pitando hacia Chicago.

A treinta kilómetros de la ciudad, me desvié a la derecha y alcancé el lago Michigan. Uno de los *ferries* que hacían la travesía del lago, trasladó mi coche, con Ted y yo mismo dentro, al otro lado.

* * *

La noticia apenas ocupaba un dieciseisavo de página en la sección de sucesos del Chicago Standard.

«INSOLITO INCIDENTE EN LA CARRETERA NOVENTA Y CUATRO».

«Anoche, hacia las cinco de la madrugada, los conductores de los vehículos que transitaban la carretera Noventa y Cuatro fueron testigos de un extraño caso: un hombre totalmente desnudo corría por uno de los carriles de la autopista, inconsciente, al parecer, del riesgo que desafiaba de ser aplastado por alguno de los vehículos, cuyos conductores se vieron obligados en varias ocasiones a realizar peligrosas maniobras con el fin de evitar el atropello.

»Detenido por la policía, ha sido identificado. Se trata de Ted Hinsdale, el conocido reportero gráfico, que presentaba indicios de padecer algún desequilibrio mental.

»Hinsdale ha sido internado en el Hospital Psiquiátrico del estado, en esta ciudad».

Míster John Carmody dejó el periódico sobre su mesa y guardó las gafas en un bolsillo de su chaqueta.

—¿Cree que esto —señalaba el periódico— surtirá el efecto que se propone, señor Kasariam?

Sonreí. A mi derecha se encontraba Carol Davis.

—Estoy seguro de ello, señor. En alguna parte de esta ciudad, una persona va a sentirse muy inquieta en cuanto lea la noticia que usted acaba de ver.

Carmody se pasó una mano por la frente. Era obvio que se sentía muy preocupado.

—No sé, no sé... —murmuró, reflexivo—. Tal vez hubiera sido mejor ocultar a Hinsdale y esperar a que el tratamiento a que está siendo sometido le devolviera la razón.

Yo no estaba de acuerdo.

—Olvida usted, señor, que el pequeño Larry Hinsdale lleva varias semanas en poder de sus secuestradores y que cada día que transcurra supone una amenaza de muerte para ese pobre niño. Con todo respeto, señor, soy partidario de precipitar los acontecimientos y resolver cuanto antes esta insostenible situación... —afirmé.

—Pero Hinsdale estará excesivamente expuesto, señor Kasariam —insistió el fiscal.

Me alcé de mi asiento, un tanto incomodado.

—Señor, el secuestro de Ted y su traslado ilegal al estado de Wisconsin suponen dos clarísimos delitos federales. Usted posee ahora todos los poderes, toda la razón necesaria.

Acababa de hablar con tal vehemencia que tuve que hacer un alto para recuperar el ritmo respiratorio.

—Por otra parte —añadí—, nadie más interesado que yo en que Hinsdale resulte indemne. Hemos hablado largamente, señor. He expuesto a usted cuanto tenía que decir. Si su conciencia le mueve a apoyar mi plan, hágalo ahora.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

—Míster Carmody —medió Carol, con una seguridad que me impresionó—: Mark tiene razón.

El fiscal dejó escapar un suspiro.

—Está bien —decidió—. Accedo.

* * *

Una semana después, yo me sentía desesperado, Y tenía razón para que mi paciencia hubiera llegado al límite.

Había planeado detalladamente una trampa para el hombre responsable de unos cuantos crímenes suficientes para ser condenado a la última pena, o en cualquier caso, a cadena perpetua.

El cebo estaba al alcance de la mano de cualquiera era Ted Hinsdale, que ocupaba una habitación sin vigilancia en el Hospital Psiquiátrico de Chicago.

Cierto que estaban tratando a Ted los mejores neurólogos del mundo y que, según ellos, mi amigo llegaría a recuperarse. Pero ¡iba todo tan lento!

Sarah, Carol y yo habíamos estado turnándonos continuamente junto a la cama del enfermero. Disponíamos de un diminuto transmisor de radio que podía emitir en morse una llamada de emergencia, que sería atendida velozmente.

Día a día, hora a hora, minuto a minuto, habíamos esperado al culpable. Pero nada había ocurrido.

El viernes se cumplieron ocho días desde aquél en que Ted fue internado en el Hospital Psiquiátrico del estado. A las diez de la

noche revelé a Carol, que había permanecido allí desde las dos de la tarde.

La habitación estaba iluminada apenas por una lamparita de noche. El hospital estaba ya en absoluto silencio.

Cogí una revista y comencé a leer sin ganas, seguro de que aquella noche transcurriría tan monótonamente como las anteriores.

—Armory o quién diablos sea el responsable es demasiado inteligente para caer en la tentación de asesinar a Ted Hinsdale mientras esté seguro de que mi pobre amigo permanece con su mente en blanco —pensé.

Me equivocaba, sin embargo. Porque aquella noche el asesino, el hombre que no se detenía en ningún crimen con tal de conseguir sus fines, vendría a visitarme.

A las doce, el médico de guardia penetró en la habitación, hizo un somero reconocimiento a Ted, que dormía apaciblemente, y se retiró.

Según lo acostumbrado, volvería a las dos de la madrugada. De modo que me relajé sobre mi cómoda butaca y volví a dedicar mi atención a la revista que tenía entre las manos.

Colgando de una cadenita en mi muñeca izquierda tenía el pequeño transmisor de radio, que podía utilizarse perfectamente escondido en la palma de la mano.

Me enfrasqué en la lectura, aunque de cuando en cuando alzaba los ojos para dirigir una mirada a Hinsdale.

A las dos de la madrugada en punto, el médico penetró otra vez en la habitación. Tomó el pulso a Ted, inclinado sobre él y...

De repente advertí que aquel hombre apretaba sobre la nariz y la boca de mi amigo un gran pedazo de algodón hidrófilo que acababa de impregnar en el líquido de un pequeño frasco.

Dio un salto, crucé por encima del lecho de Ted y derribé al individuo. Rápidamente, cabalgué sobre él y sujeté sus brazos tras la cabeza.

El aséptico gorrito blanco se desprendió y una cascada de cabellos rubios se desparramó sobre el suelo.

—¡Joyce! —exclamé, desconcertado.

Era Joyce Morgan. Tenía un rictus asesino en sus bellísimas facciones.

CAPÍTULO XIII

La puerta se abrió violentamente, para dar paso a otras dos siluetas vestidas con batas blancas.

—Sujétenla —dije, alzándome del suelo—. Es una intrusa.

¿Por qué llevaban mascarillas asépticas los dos enfermeros? Estaba dispuesto a preguntárselo, cuando uno de ellos remangó su bata y extrajo una metralleta, cuyo cañón situó a escasos centímetros de mi nariz.

—Sólo tiene que respirar con excesiva fuerza y su interesante rostro quedará convertido en una masa sanguinolenta —gruñó el tipo.

—¡Dana Smith! —susurré, pasmado—. ¡Es el sargento Smith!

El hombre de la metralleta se arrancó de un rabioso tirón la mascarilla y gruñó:

—No sé cómo diablos ha podido reconocermé con este disfraz.

Aunque el cañón de la metralleta me hacía cosquillas bajo la nariz y yo estaba seguro de que Dana Smith estaba deseando apretar el gatillo, respondí estoicamente:

—Es fácil. Nadie puede olvidarse de su tono grosero y áspero.

Smith se disponía ya a contestarme, cuando el hombre que se encontraba tras él le hizo callar de un codazo.

Era un hombre esbelto, atlético, de ojos grises muy vivaces e interesantes...

—Como Bob Balsam —dije en voz alta, expresando así mis más íntimos pensamientos.

Los ojos grises dejaron escapar un relumbre peligroso. También aquel individuo desprendió de un tirón su mascarilla: era Balsam, Bob Balsam, mi querido amigo, aquél a quien yo había llevado al gobierno del estadio años atrás.

—¿Disparo? —preguntó el sargento Smith, consultándole también con sus ojillos porcinos—. Con el tubo silenciador, las detonaciones...

—Espere, sargento —dijo Bob, retirando amablemente unos centímetros el cañón de la temible arma—. No pareces muy sorprendido, Mark.

—¿Por qué había de estarlo? —mentí—. Es estúpido imaginar que un multimillonario rico y poderoso como William Armory se degradase hasta cometer crímenes. No, Armory comenzó conociendo la miseria. Luchó y trabajó y consiguió la riqueza. Pero tú, Bob...

—Siempre fui un pobretón —rió, irónico—. Ambicioné la riqueza, antes que el poder. Era habilidoso para la política, pero no conseguí nunca ganar dinero. Tienes toda la razón del mundo, Mark. Pero tú no sabes que...

—Déjame ir adivinando —le propuse, mientras Joyce Morgan se ponía en pie lentamente, mirándome como una pantera—. Pensaste que la mejor forma de librarte de la competencia de Armory era... conseguir que todos los que trabajáramos para ti le odiáramos.

—Eres un tipo muy inteligente —asintió el gobernador Balsam.

—Enviaste a unos matones en Piaría a que nos dieran una paliza a Ted y a mí. ¿Cómo imaginar que tú andabas detrás de ellos? Pensábamos que era Armory, naturalmente.

—Repito que eres demasiado inteligente, Mark —admitió Balsam—. Por eso envié junto a ti a Jean Davis; temí que empezases a pensar por tu cuenta —Bob giró la cabeza y ordenó a Smith—. Vaya a la puerta y vigile. Por desgracia, Mark, la que también empezó a pensar por su cuenta fue Jean. Tuve que hacerle algunos arreglos y ella creyó que yo iba a divorciarme de mi esposa para contraer nuevo matrimonio con ella.

—Y la asesinaste —murmuré, experimentando un ahogo atroz.

—El clásico disparo que abate dos piezas —reconoció cínico—. Preparé el terreno llamándote de forma anónima para denunciar a Jean. Con ello te predisponía en su contra. Insinué a Jean que te drogase y ella obedeció. Cuando tú caíste al suelo, yo salí del dormitorio próximo, tomé a Jean por la espalda y la estrangulé. Ya sabes que tenía un cuello fino y delicado.

—Ya. En cuanto a Ted...

—Llegó a entrevistarse contigo aquella noche, en un momento inoportuno. Su instinto profesional le impulsó a disparar su cámara cuando yo salía de la casa. Tenía conciencia y aunque estaba aterrado al descubrir mi presencia, le remordía. De modo que, cuando tú fuiste a la cárcel, condenado por haber asesinado a Jean, comenzó a presionarme. Llegó a amenazarme con entregar las fotos que había obtenido a los jueces. Era una condenada situación para mí...

—¿Por qué? Te bastaba con pagar a un matón para que le liquidase...

—Ted es un hombre demasiado precavido —Balsam señalaba a mi inconsciente amigo con ira—. Depositó las fotos en manos de un notario de otro estado. La casualidad hizo que en una de las fotos apareciese el reloj luminoso de una relojería próxima señalando las doce de la noche... En fin, yo estaba bien cogido, por lo que prometí a Ted ponerte en libertad. Fui dándole largas al asunto, a la espera de una oportunidad de quitármelo de encima.

—Pero, entretanto, gestionaste mi indulto —insinué.

—Sí —reconoció—. De la misma forma que te había enviado a la cárcel, podía librarme de ti en cualquier momento. El tiempo pasó demasiado aprisa y tú estabas a punto de salir de la cárcel. No tuve más remedio que ocuparme de Ted, para lo cual, ¿qué cosa mejor que raptar a su pequeño Larry? Cuando tuve en mi poder al niño, hice comprender a Ted que cualquier intento de culparme del asesinato de Jean Davis redundaría en perjuicio del pequeño...

—Eres un canalla —dije, rabioso—. ¡Pensar que te consideré un dios...!

—Y lo soy, querido Mark. Como los dioses antiguos, dueños de la vida y de la muerte —rió, seguro de sí mismo.

—Pero Budd Morgan... —insinué, como si lo supiese todo.

—Era muy listo. Cuando Ted fue atropellado, Budd se olió algo extraño. Consiguió presionar a Ted y obtuvo la verdad. Por entonces, yo tenía ya una buena amistad con mi admirada Joyce, aquí presente. La convencí de que quitar de en medio al teniente Morgan suponía un beneficio para ambos. Y ella lo hizo encantada.

—¡Bob! —exclamó Joyce, furiosa—. ¿Para qué perder tiempo aquí?

—Soy de la misma opinión —gruñó Smith, que había dado

muestras de gran nerviosismo, desde su puesto de vigilancia junto a la puerta—. ¡Terminemos!

—De acuerdo, terminemos —asintió Bob, retirándose unos pasos—. Hasta nunca, querido Mark.

Avancé dos pasos, señalando perentoriamente la ventana.

—No estés tan seguro, Bob —dije, simulando una sonrisa triunfal—. ¿Se os ha ocurrido mirar más allá de esa ventana?

Era pura baladronada, pero resultó eficazísima. Smith, a quien yo temía y vigilaba más que a nadie, giró impetuosamente y... me dio la espalda.

Di un salto, apresé el brazo izquierdo, apreté y... se lo rompí.

Balsam, lívido, retrocedió hasta la pared cuando le encañoné con la metralleta. Luego la puerta se abrió y aparecieron algunos agentes de la policía que ocuparon lugares estratégicos junto a los muros de la amplia habitación.

En el suelo, el rudo sargento Smith se desgañitaba a grito pelado.

Míster John Carmody apareció enseguida, alzando su cabeza sobre el hombro de un robusto policía.

En cuanto vio al fiscal general, mi entrañable amigo Bob palideció.

Y, naturalmente, un chorro incontenible brotó de sus labios:

—Señor Carmody, desde luego, usted estará de acuerdo en que se trata de una burda trampa que nada tiene que ver con mi honorabilidad, con mi demostrada honestidad, con mi...

—Cállese, por ahora, Balsam... —le ordenó secamente el fiscal—. Hemos oído todo, lo hemos visto todo... a través de la televisión. El señor Kasariam tenía razón cuando trató de llamar su atención hacia la ventana: allí estaban instalados los micrófonos y la cámara de televisión que nos ha permitido presenciar esta interesante escena. Balsam..., usted utilizó a Burns y a la televisión para arruinar a Mark Kasariam, pero usted deberá su ruina a los mismos métodos —y agregó con voz fría, profesional—: Detenganle. Detengan también a Joyce Morgan.

—Está visto, Bob —le hablé, por último—. Hay que saber perder.

Balsam prorrumpió en una carcajada histérica. Y riendo se lo llevaron de la habitación donde Ted Hinsdale, ajeno a todo, seguía

durmiendo apaciblemente.

Joyce Morgan, por el contrario, no reía cuando unos sólidos y niquelados aretes de acero unieron sus manos a la espalda. Su barbilla hundida en el pecho, su expresión de total abatimiento hablaban a las claras: estaba irremediablemente perdida.

Ya se la llevaban los agentes federales, cuando les detuve:

—Un momento, por favor. Dime, Joyce: ¿cuál fue el motivo de la visita de William Armory a tu apartamento de Marina City? —le pregunté.

Me miró con profundo aborrecimiento. Pero sus ojos perdieron el brillo enseguida.

—Había puesto un detective privado detrás de Hinsdale y sabía algo, pero no todo lo que le convenía saber. Llegó a mi casa tratando de sonsacarme. Desde luego, me convenía callar. Y eso hice.

—Sólo otra pregunta. ¿Es cierto que Budd te dio el encargo de entregarme mil dólares cuando yo saliera de la prisión? —insistí.

—Me gustaría decirte que era mentira, que fui yo quien quise tenerte a mi alcance con ese dinero. Pero sé que de nada valdría. Lo cierto es que Budd, antes de morir, había abierto una cuenta de ahorros de mil dólares. A tu nombre, héroe —respondió, desechada.

—Eso es todo —dije a los
G-Men.

Y se la llevaron.

La habitación quedó vacía en pocos segundos. Bueno, quedábamos Ted y yo. Pero enseguida, como un huracán, penetró alguien. Era Carol Davis.

Me había prometido a mí mismo besar sus jóvenes labios si algún día llegaba a demostrarse que yo no había matado a Jean. Y la ocasión había llegado.

Sin embargo, no fui yo quien tomó la iniciativa. El impulso de Carol fue tan ferviente, que ambos caímos a los pies de la cama de Ted. Y puedo jurarles que la besé.

* * *

Entonces..., ¿están esperando a que les cuente el final?

Está bien, hablaré.

Naturalmente, Carol y yo vamos a casarnos. Pero no enseguida. Resulta que un tipo acaudalado llamado William Armory vino a verme dos días después de los sucesos narrados anteriormente.

—Creo que puedo ser un buen gobernador de este estado —me largó de sopetón—. Pero sé que usted, Kasariam, sería mi mejor garantía. No voy a ofrecerle, dinero. Le ofrezco un empleo seguro, estable, para el resto de su vida. ¿Acepta?

Carol y yo estábamos en la nueva casa de Sarah Hinsdale. Estaba Sarah y estaba Larry, que había sido liberado... a bordo de la rulotte de unos tipos que se dedicaban a hacer teatro barato por esos pueblos de Dios.

Reflexioné. Miré a Armory. No tenía exactamente el tipo de hombre honrado, pero lo era.

—Ted Hinsdale es un buen fotógrafo. Si he de trabajar en su campaña, señor Armory, necesitaría a Ted.

—He oído decir que mañana van a darle de alta en el hospital. ¿Qué le parece si vamos todos a esperarle? —insinué.

Por mayoría absoluta de votos, acordamos ir al día siguiente a las puertas del hospital a esperar la salida de mi amigo Ted.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Son dos edificios redondos, gemelos, famosos por su original arquitectura, que tienen 60 pisos para viviendas, situados en la ribera del río Chicago, en la zona comercial de la ciudad. En su base hay un dique con amarraderos para más de 300 botes. Dispone de locales para oficinas, teatro, restaurantes, boleras, Banco y tiendas.

< <

[2] Capital del estado de Illinois. < <